

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SOR CONSOLATA BETRONE
Y EL ACTO INCESANTE DE AMOR**

S. MILLÁN – 2019

SOR CONSOLATA BETRONE Y EL ACTO INCESANTE DE AMOR

Imprimatur
Monseñor José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN – 2019

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Infancia y juventud.
Años de espera.
En las salesianas.
Nubes en el cielo.
Taidinas.
Capuchinos.
Noviciado y profesión.
Consolata y el padre Sales.
Caridad.
Consagración de su familia.
Conversiones.
Consagrados apóstatas.
La guerra.
El demonio.
Jesús y María.
San José.
Su ángel.
Compasión y confianza.
El acto de amor.
Acto incesante de amor.
Amor, no penitencias.
Cambio de convento.
Su muerte.
Palabras de santa Teresita.
Almas pequeñísimas y angélicas.
Carta de sor Consolata a las pequeñísimas.
Reflexión.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de sor Consolata Betrone es una vida llena de amor. Jesús quiso enseñarnos por medio de ella que la verdadera santidad no está tanto en las grandes penitencias de algunos santos especiales, sino en el amor. La santidad es amor. Por eso, pidió a sor Consolata que hiciera de su vida un acto continuo de amor, repitiendo constantemente en cuanto le fuera posible y tuviera la mente disponible y no ocupada en otras cosas buenas, que repitiera la fórmula del acto de amor que el mismo Jesús le enseñó: *Jesús, María, os amo, salvad almas*.

Sor Consolata aprendió este camino del amor y de la sencillez de santa Teresita del Niño Jesús. Cuando, siendo joven y viviendo en su casa leyó por primera vez la *Historia de un alma*, quedó tan impresionada que quiso imitarla y hacer de su vida un caminito sencillo, lleno de amor. Es así como trató de vivirlo, repitiendo al principio solamente: *Dios mío, te amo*; después añadió algo: *Dios mío, te amo, aumenta mi amor por ti*. Hasta que Jesús le enseñó la fórmula definitiva.

Vivir amando, vivir de amor: he ahí la clave de la vida y de la santidad. Es como decir: Vivir para Dios, cumpliendo en todo momento su voluntad, tratando de hacerlo feliz y amarlo con todo el corazón, ofreciéndole todo lo que hacemos, pensamos o sentimos con amor.

Que imitemos este camino de sor Consolata y de santa Teresita y vivamos de amor y para amar.

Nota.- *Fiamme* se refiere al libro del padre Lorenzo Sales: *Tre fiamme fuse in una fiamma*, Ed. Vaticana, 2003.

Epistolario hace referencia al libro del padre Lorenzo Sales, *Quando il sole accarezza le cime, Epistolario dell'anima*, Ed. Vaticana, 2002.

Fonti se refiere al libro *Fonti storico biografiche di San Gabriele dell'Addolorata*, escrito por Natale Cavatassi y Fabiano Giorgini.

El Corazón de Jesús al mundo nos lleva al libro del padre Sales, Moriondo Moncalieri, 1999.

Las citas no registradas están tomadas de *Appunti in coro, Diari*, Editrice Vaticana, 2006 y del libro de Giuseppe Marie Da Torino, *Suor Consolata Betrone*, 1993.

INFANCIA Y JUVENTUD

Pierina Betrone nació el 6 de abril de 1903 en Saluzzo (Italia). Tuvo 23 hermanos. Su padre Pietro Betrone se había casado dos veces. La primera vez con Giovanna Viano con la que tuvo 18 hijos, de los que en 1900 quedaban ocho. Con la segunda esposa Giuseppina Nirino tuvo seis. De estos, dos murieron al nacer y quedaron Teresa, Pierina, Franca y Amalia. Al nacer Pierina, su padre tenía 47 años y tenía un negocio de panadería en Saluzzo.

En su niñez ella asistía al catecismo. Y afirma: *Recuerdo a una señora catequista, que deseaba que con seis años hiciera la confirmación y me llevaba a su casa para prepararme bien. De ese tiempo recuerdo la bondad de mi hermana Ángela, mayor que yo en seis años. Cada tarde, antes de dormir, me contaba algunas cosas bellas y edificantes. Una vez, que yo tenía sed, me habló de las almas del purgatorio y de las llamas que podía extinguir con el sacrificio de un poco de agua.*

En el verano de 1909 la familia fue a vivir a Airasca, donde abrió una panadería con su tienda anexa. Pierina fue a la escuela con sus seis años. Terminada la tercera elemental, hizo la cuarta privadamente con una profesora y dio sus exámenes en Pinerolo con éxito. Allí se alojó unos días en casa de las Madres Josefinas. Después, sus padres la enviaron al alto Piemonte a casa de un familiar, que tenía una panadería, para que continuase sus estudios, pero el ambiente era fatal. Ella escribe: *El fango me rodeó y yo callaba. Dios mío, comprendo tu rechazo para quienes escandalizan a los niños. ¿Dónde iría a parar, si a los 10 años estaba en la pendiente del mal? Jesús velaba por mí y en la lucha contra el demonio. Él vence siempre con amor, perdón y su infinita misericordia.*

Después de un año de estar allí, volví a casa de mi familia. Mi alma hubiera necesitado de mucho amor materno para sanar las heridas recibidas, pero esto me faltó, me faltó confianza con mi mamá.

La profesora de tercera elemental se dio cuenta de que Pierina había cambiado para mal y dijo a las compañeras: *“Pobre Pierina. Pensar que era tan buena; en la iglesia parecía una virgencita y ahora ni siquiera va a misa”*. *Esto me tocó el alma y me convertí. Hice una buena confesión y volví a amar la iglesia, la oración y los sacramentos. Mi mamá me compró una imagencita de la Virgen y yo le hice un pequeño altarcito. Por la noche, mientras Teresa dormía en mi habitación, yo salía de la cama, encendía dos velas y rezaba el rosario entero. Hacia las once de la noche, cuando oía que mi padre cerraba la tienda, apagaba las velas y volvía a la cama. Poco a poco me acostumbré a ir a misa todas las mañanas y después a recibir cada día la comunión.*

En Airasca había muchos peligros. *El mismo ambiente de la tienda estaba lleno de insidias. Un día que estaba sola en casa, entró un cliente y yo fui a la tienda a coger vino sin darme cuenta de que me seguía. De pronto dos manos robustas me agarraron, pero conseguí soltarme. No mucho tiempo después pasé otro peligro semejante, mientras estaba sola en mi habitación. Mi mamá estaba en casa y, en ese momento, en que yo estaba leyendo la vida de santa Gema, grité: “Gema, ayúdame”. Y mi madre respondió: “Pierina, Pierina”. El hombre huyó y yo corrí donde estaba mi mamá ¹.*

Había una imagen de la Virgen en la iglesia parroquial de Airasca que atraía mis miradas y conquistaba el corazón, cuando en el mes de mayo o en las novenas la imagen era expuesta. Después me vino el deseo de tener yo también una imagen de María para poder rezar delante de ella. Mi madre me dio gusto y tuve la imagen deseada. Preparé un altarcito, pero para rezar necesitaba el rosario y conseguí tenerlo con poco dinero.

Pierina todas las noches, mientras su hermana Teresa dormía, se levantaba de la cama y se arrodillaba ante la imagen y encendía las velas y, mirando amorosamente a la Virgen, rezaba el rosario. La santísima Virgen, dice: *Me inundaba el corazón de alegría y dulzura.*

En ese tiempo hice amistad con una niña de mi edad. Se llamaba Rina Agonal. Ella me dijo: Si yo estuviera en tu lugar, me haría religiosa.

Estaba íntimamente persuadida de haber recibido este gran don de la vocación religiosa cuando mis hermanitas, al regresar de su primera comunión, me dieron un beso que era eucarístico sobre mi frente. Así Jesús me sellaba con un sello de amor.

Rina y Pierina se hicieron grandes amigas, apoyándose una a la otra en el camino de la virtud y en la lucha por realizar la vocación. Recuerda: *La bondad generosa de Rina llegaba hasta venir a buscarme con sus zuecos en tiempo de nieve para que pudiese ir a la misa y así recibir a Jesús.*

Un día mi madre le había dicho a María, mi hermana mayor: “Si el Señor nos concede regresar a Turín y, si este es su deseo, la dejo ir (al convento)”. Esto me hizo saltar de alegría.

Confié este secreto a sor Vicenta del Cottolengo y me dijo: “Reza, reza, y, si el Señor quiere, en la Pequeña Casa del Cottolengo reciben a los 14 años.

¹ Fiamme, p. 31.

Aquella tarde ante la hostia expuesta en adoración, oré con fervor. Poco después de un año el exilio terminaría y a los 14 años podría ser religiosa. Cuántas oraciones dirigí al cielo para obtener esta gracia de trasladarnos a Turín. La gracia vino el 16 de febrero de 1917 en que dejamos Airasca.

De hecho la familia se estableció en Turín y pusieron un negocio de pastas alimenticias. Toda la esperanza de sus padres estaba puesta en Teresa y Pierina. Las dos hermanitas siguientes, Franca y Amalia, eran más pequeñas y solo tenían 4 y 7 años. Había mucho trabajo y para sus padres era una locura dejar marchar a Pierina con 14 años.

AÑOS DE ESPERA

Una imprudencia de su amiga Rina Agonal desencadenó un huracán. *Me escribió desde Airasca que una compañera común Rosa Martini, había ido al Cottolengo y en la carta me hablaba de nuestra vocación y de nuestra partida. A los 14 años, según la promesa oída a mi madre. Esta carta la leyó mi hermana Teresa y después mi madre y después me la dieron a leer. El asunto saltó en la mesa. Mi papá me dijo: “Mira, prefiero verte muerta que religiosa, recuérdalo”. La pobre Pierina creyó su deber insistir a su madre: “Mamá, has dejado casarse a Paola con 15 años”.*

A raíz de esa situación y de la imposibilidad de ser religiosa a los 14 años, como había soñado, comenzó a tomar mucho café que le sentó muy mal. Estando gravemente enferma, su madre pensó que se moría y la doctora Silvia Zappi fue el instrumento divino. Pierina le habló de su herida interior y Silvia le persuadió que era demasiado joven para hacerse religiosa y que tenía que cuidar su salud para realizar su ideal. Le prometió su apoyo para obtener su deseo, cuando tuviera 21 años. Pierina creyó y por amor a su vocación dejó el mortífero café.

Comenzó a dar catecismo a un grupo de niñas pequeñas. Y dice: *Jesús vino a iluminarme con un sencillo sueño. Me vi en la escuela festiva y a las pequeñas como ovejas sin pastor que se dispersaban. Me desperté y entendí que debía renunciar a ese grupo. Yo las amaba demasiado y me estaban haciendo desviar de mi vocación.*

Perteneció a la escuela festiva, al Círculo parroquial y a las Hijas de María, a la vez que seguía estudiando. Nos dice: *Cuántas veces me dormía sobre los libros a medianoche: italiano, francés, aritmética, caligrafía, dactilografía, curso comercial, etc. Y esto durante cinco años Estudiaba con empeño para dar a mi familia la alegría de los premios. Qué feliz era mi padre cuando en el teatro Alfieri me veía subir para recibir un diploma, o medalla o premios en dinero. Yo*

estaba contenta de verlo feliz. El último año puse toda mi voluntad para ganar el premio Cirio. El Corazón de Jesús me ayudó y terminé la primera en matemáticas y la segunda en francés e italiano. Tuve la medalla de plata y el premio Cirio con 75 liras. Alegre fui a casa a anunciar a mi mamá los resultados. ¡Qué desilusión! Me respondió: “¿Quieres que me importe, si solo te servirá para hacerte monja?”.

Atendía en la panadería de sus padres y no podía decir no a nadie que le pidiera un favor o una limosna. Sus hermanas declararon que en las fiestas se privaba de algo de su comida para después llevarles algo a los pobres conocidos. También en la Asociación de Hijas de María o del Círculo, trataba de ayudar en algo a sus compañeras necesitadas.

Pero también se dejó llevar de algunas diversiones de las que siempre se arrepintió. Escribió: *Muchas veces caí a los pies de Jesús sollozando por la virtud que había corrido peligro de hacer perecer, asistiendo a una diversión, en compañía de mamá y de Teresa.*

Los años pasaban y en mi corazón ardía la llama de la vocación. Un día escribí mis sentimientos, preguntándome si sería religiosa de clausura o misionera. Lo leyó Teresa y después mi madre, que quedó muy dolida. Al día siguiente al ir a salir para ir a misa, encontré la puerta de casa cerrada y por muchos días me privaron de Jesús. Mi padre por fin, por no verme sufrir, me abrió la puerta, diciendo: “Déjenla ir a misa”. Entonces yo guardé la llave de casa y un día el sacerdote que vino a dar la unción de los enfermos a una moribunda que vivía en el mismo edificio, no pudo entrar. Yo, ante tanto problema, pensé en que sería mejor dejar la comunión, pero hablé con ese mismo sacerdote y me respondió: “Ay de ti, si dejas la comunión”.

El 24 de mayo de 1923, fiesta de María Auxiliadora, estaba absorta en meditación en la panadería. *De pronto mi mano resbaló bajo los pesados cilindros en movimiento. El interruptor estaba lejos, varios metros y yo estaba sola. Del fondo del corazón salió un grito: “María Auxiliadora”. Conseguí sacar la mano a tiempo antes que mi mano fuera aplastada. Solamente dos dedos quedaron un poco heridos. Fui al hospital y me dieron ocho puntos. El médico se extrañó de que mirara sonriente todo aquello que él hacía, pero en el bolsillo tenía un pequeño crucifijo, que apretaba con fuerza para darme valor.*

Pierina tenía ya 20 años y uno de sus mayores peligros era tener que decir no a cuantos la pedían por esposa. Había un joven de buena familia, militante también él de la Acción católica. Ella cuenta: *A veces coincidíamos en las visitas que hacíamos. Nuestras conversaciones eran siempre animadas, pero nada más. Un día me sorprendí que me pidiese cartearnos. Ese joven, huérfano de padres,*

amaba mucho a mis padres, me dio pena y fui débil. No me atreví a decirle no. Me limité a escribirle que no pensaba todavía en casarme.

Mi corazón en esos días de verano estaba árido de Jesús y el padre Félix estaba en el campo. ¿Traicionaría mi vocación? Una tarde pedía luces para decidirme y oí una voz en la oreja: “Tú no puedes ser religiosa, porque no tienes pureza”. Era la voz del enemigo. Incliné la cabeza y oculté mi rostro entre las manos. Dije: “Jesús, es verdad, no tengo pureza, entonces me casaré”. Pero no me sentía con deseos de decir sí a aquel joven. Mi familia, que lo conocía y lo quería, ya me llamaba su esposa. Me decidí finalmente a pedir consejo a don Félix, le escribí una carta y espere. Pronto me vino la respuesta:

- Dime, Pierina ¿por qué te quieres casar?
- Padre, no tengo pureza.
- ¿Solo por eso?
- Sí, padre.
- Recuerda que tienes vocación.

Esa misma tarde escribí al joven para decirle que no, porque me haría religiosa. El joven sufrió mucho, pero Tú, oh Jesús, lo sabrás recompensar. Era Teresio Giordano. Era recto, leal y muy religioso. Se casó con mi hermana Teresa el 2 de julio de 1923.

Uno de los días, mientras estaban a la mesa, dijo Consolata: *Hoy cumplo 20 años.* Mi madre me miró y entendió (que me iba a ir de religiosa). Años después me confió que aquella frase le traspasó el corazón.

Otro día en Valsalice, junto a la tumba de Don Bosco, leyó un autógrafo del santo que decía: *Muchos fueron los llamados, pero les faltó el tiempo.* Comprendió que había llegado la hora.

Refiere: *Comencé una novena a santa Teresita para obtener la gracia de poder partir. La víspera de terminar la novena era día de fiesta. Aproveché para ir al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y pedí hablar con la inspectora. Ella me aconsejó entrar en enero.*

La fecha para el ingreso en la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora era el 26 de enero de 1925.

EN LAS SALESIANAS

Pensaba ir al convento de las salesianas escapándome de casa, pero ante el pensamiento de lo que iba a sufrir mi familia mi corazón se heló. Además sabía que mis padres y hermanas me querían mucho y me habían dejado ir al grupo de Acción católica, al Círculo y a la parroquia. Sufrí para ser Hija de María y celadora de las pequeñas rosarieras y por todo lo que era apostolado. Al final no supe hablarles, sino por medio de un escrito dirigido a mi madre. Le pedía permiso para irme de religiosa. Coloqué la carta debajo de una alfombra, que Franca debía desplegar y me fui al Círculo, donde la pasé sufriendo y pensando: “Mi mamá estará leyendo mi escrito ahora y estará llorando y también Franca”. ¡Qué angustia!

Por la tarde llegue a mi casa y encontré la puerta cerrada. Llegó mi mamá y no dijo nada. Cuando papá tuvo conocimiento del asunto, me dolió mucho su llanto y el de toda la familia junto con sus súplicas de que tuviera piedad de ellos, que eran ancianos, y de Franca y Amalia, que todavía eran unas niñas. A todo esto se unió la angustia de Teresa que, desde el 1 de noviembre al 26 de enero, no se alimentó sino de lágrimas. Ciertamente la vocación cuesta, ha costado y costará. Mi corazón explotaba del dolor que yo les provocaba. Una tarde me fui al parque a desfogar mis lágrimas y Jesús me iluminó. Jesús, ternura infinita, vino a consolarme bajando sacramentalmente a mí con dos hostias que el sacerdote me dio por equivocación. Y como las dejé en el paladar, estuvieron así mucho rato.

Un día Amalia me dijo que mamá había ido a confesarse y había manifestado mi deseo de ser religiosa. El sacerdote le había exhortado a aceptar mi vocación. Mamá, por medio de Amalia, me decía qué necesitaba para ir al convento. Y yo de escondidas, para que no lo viese mi padre comencé a coser y preparar las cosas necesarias.

El 26 de enero de 1925 era el día fijado para el ingreso en las salesianas. Mi mamá me preparó una comida de lujo, pensando que en el convento nunca tendría algo así.

Mi padre se alejó de casa, porque no tenía coraje de verme partir. Me dijeron que en el Café lloró continuamente. Mi mamá, Paola y Teresa me acompañaron. Una hora después de mi ingreso en las Hijas de María Auxiliadora, postrada a los pies del sagrario, en una explosión irrefrenable de llanto, le gritaba a Jesús: “Por fin, oh Jesús, soy toda tuya”².

² Carta al padre Lorenzo Sales sin fecha, Epistolario, pp. 38-45.

Dos días después de su entrada en Turín fue trasladada a Gioveno para cumplir su postulante. El 31 de enero fue la ceremonia de entrega de las medallas. Ella dice: *Fue uno de los días más bellos de mi vida. Aquella mañana en la comunión había hecho un pacto con Jesús: “Tu pensarás en mi familia y en todo lo demás, y yo pensaré en ti”.*

NUBES EN EL CIELO

Pronto el cielo sereno de su alma se oscureció. En el retiro de marzo de 1925 se leyó en el comedor en el Directorio o Constituciones un capítulo sobre el voto de castidad. Nos dice: *Yo pensaba en lo maravillosa de esa virtud y oía en mi oreja que alguien me decía: “Tú no puedes ser religiosa, porque no tienes pureza”. Me sentí perdida y la angustia envolvió mi corazón. Cuando me encontré sola, lloré amargamente. Toda mi felicidad se había desvanecido. El enemigo me atacaba con los escrúpulos. Pensé hacer una confesión general. Vino el confesor, le pedí hacer una confesión general, sin decirle que me lo habían prohibido (por los escrúpulos). Él aceptó, recibí la absolución y le pedí y obtuve la gracia de ofrecermé víctima al Corazón de Jesús. Sentí un poco de paz, pero solo duró un día. Al día siguiente sentía como si una turba de demonios quisiera perturbarme. Todas mis culpas pasadas venían a mi mente bajo aspectos malos y yo, amante de la pureza, sufría atrocemente. Eran las primeras consecuencias de la desobediencia hecha al querer volver al pasado con una confesión general.*

Fui destinada a la cocina. No faltaba trabajo. Desde las primeras horas de la mañana hasta las nueve de la noche había algo que hacer. En las comidas estábamos todas reunidas.

El 16 de mayo de 1925 fue el día de la canonización de sor Teresita del Niño Jesús y yo le decía: *Tú ahora estás en el paraíso y eres una santa. Yo soy postulante, obténme también a mí el hacerme santa.*

Un día estaba barriendo y entre la basura recogida vi una medalla que llevaba la imagen del Sagrado Corazón y tenía escrito: “Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío”. Fue como un rayo de luz en mis tinieblas.

El 5 de agosto de 1925 tuvo lugar la vestición o toma de hábito. Al día siguiente partía al noviciado de Pessione. *Sufrí mucho en los cinco meses de noviciado. A Jesús no lo sentía ya. Creía que ya no me quería y no sentía las dulzuras de años anteriores y yo me contentaba con llorar.*

El padre Alogero Gusmano, que ella estimaba mucho, porque era un apóstol del Sagrado Corazón, trató de ayudarla, pero no lo consiguió del todo. Entonces, en un rasgo de caridad heroica, él se ofreció víctima para que el Corazón de Jesús le diese a ella la vocación. El 17 de abril de 1926 Pierina salió del Instituto y regresó a su casa.

La Superiora salesiana escribió sobre Pierina: *Fue siempre muy fervorosa. Debía ser frenada en sus sacrificios. Se persuadió de que no había sido hecha para nuestro Instituto, convencida de no ser digna. Se creía una gran pecadora. Desde el principio del noviciado, se echó a los pies de la Madre Maestra para pedirle que le encomendara los trabajos más pesados y humillantes, porque quería ser tratada así.*

TAIDINAS

Decidió entrar en las taidinas, Congregación fundada por san José Cottolengo para las convertidas. Fue recibida en 1927 y en esta familia religiosa estuvo hasta el 19 de agosto de 1928.

Para ser admitida recurrió a una estratagema. Así les explicó después a las capuchinas: *Conocí una señorita que para obtener el consentimiento paterno para su matrimonio con un joven calavera, fingió haber pecado. El papá fuera de sí, dio su consentimiento. ¿Por qué no podía yo imitar la astucia de aquella joven novia para llegar a ser taidina?*

Se presentó al monasterio y, al ser preguntada sobre su vocación, le preguntaron:

- *¿Has caído alguna vez?*
- *Sí, Sí, muchas veces.*
- *Basta, concluyó la Superiora, y fue inmediatamente aceptada, pues se refería a si había pecado con un hombre.*

Entró feliz en la Pequeña Casa pero su salud se resquebrajó y, cuando salió, dejó un buen recuerdo. Algunas dieron testimonio de que era generosa, trabajaba voluntariamente, hablaba poco, era sencilla y normalmente sonreía siempre. En los recreos les enseñaba las canciones que había aprendido durante su estancia con las salesianas. Una de ellas declaró: *Cuando estaba ocupada en trabajos no absorbentes, como preparar la verdura, se le sorprendía sonriendo como si se comunicase con alguien no de esta tierra.* Ella asegura: *En las religiosas taidinas se incrementó mi amor a María, no a través de imágenes, sino*

buscándola viva en el cielo. Y ella me ayudó para pisar y vencer al enemigo tentador.

CAPUCHINAS

Salió del Instituto Cottolengo o taidinas el 26 de agosto de 1928. Quería entrar en una Orden de penitencia y austeridad. La Superiora del Buen Pastor de Angers, sor María de Santa Clementina, escribió al monasterio de las capuchinas de Borgo Po en Turín y la aceptaron después de recibir buenos informes de las taidinas. Entró en las capuchinas el 17 de abril de 1929, aunque confesó que no había nada que le hiciera sentir atracción hacia las capuchinas.

El día y la hora fijados por la Superiora, es decir, el 17 de abril de 1929 fue en coche a las capuchinas. Allí besó a Franca que le había acompañado y tocó la campanilla. A los pocos instantes se abrió la puerta y la Madre la recibió.

La Madre Maestra era un alma sencilla, humilde y caritativa. Me llevó a mi celda. En ese momento solo había dos novicias y una postulante. Me dijeron que habían rezado a san José para mi ingreso. En el noviciado encontré que las hermanas hacían trabajos de reliquias de don Bosco. Contenta ofrecí mi ayuda.

Cuando entró en las capuchinas era más bien robusta, pesaba 70 kilos. Era alta de estatura, de líneas delicadas con su rostro iluminado por una suave sonrisa. Era ordenada y sabía ser elegante, pero solo para honrar al Sagrado Corazón, especialmente los primeros viernes de mes en que se ponía el mejor hábito y el velo más hermoso, mientras que normalmente su hábito era gastado y dejado por otras hermanas.

El 8 de mayo de 1929, a mediodía vamos a rezar al coro a la Virgen de Pompeya. Me impresiona una frase: “María es la mediadora de todas las gracias”. Esta frase abre mi corazón a la esperanza y rezo con todo el fervor posible. Tengo los ojos cerrados y veo descender del cielo a san José con el divino Niño. Después siento hablar en mi corazón. Parece ser la voz del ángel custodio. A las ocho de la tarde estoy en la celda. La Madre Maestra viene a darme la bendición y hacer conmigo la novena. Era el último día de la novena a santa Teresita. En un instante tengo la impresión de que un ser invisible (quizás santa Teresita) está a mi lado. Me arrodillo y me esfuerzo por hacer un acto de dolor de todos los pecados cometidos. Y la luz divina comienza a iluminarme. De la parte que viene la luz veo a Jesús. ¿Lo vi con los ojos del cuerpo o del alma? No lo sé. Sé que era Jesús con una túnica roja. Avanza hacia mí y, cuando está cerca, a mi arrepentimiento responde con la absolución y después me hace renovar mi ofrenda de víctima de amor y toma posesión de mi pobre corazón. No

lo vi más y sentía una alegría inmensa. Jesús me había perdonado. Yo le he pedido dos cosas: “Haz de mí lo que quieras, pero prométeme que no me dejarás ni un instante y que me privarás de la libertad de desagradarte”.

NOVICIADO Y PROFESIÓN

El 28 de febrero de 1930 fue la vestición del hábito y comienza el noviciado, tomando el nombre de Marta Consolata.

Anotemos que la Virgen María es venerada en Turín bajo el nombre de Consolata o consoladora de los afligidos. Ella quería ser consoladora del Corazón de Jesús y de todos los hombres, ya que quería ser misionera hasta el infinito. Ese día de la toma de hábito, Jesús le dice: *No te pido sino esto: el acto continuo de amor.* Otro día le dice: *Tú ama, solo piensa en amarme. Eres demasiado pequeña para subir hasta la cima de la santidad. Yo te llevaré en mis brazos.*

Ella cuenta la siguiente anécdota: *Siendo novicia capuchina, me pusieron en la panadería a hacer pan. La hermana profesa que estaba conmigo, al verme un poco triste, me preguntaba por qué y yo le contaba todo, pero las novicias no debían hablar con las profesas. La Maestra se enteró y me castigó, sacándome de la panadería, cuando faltaban unos dos meses para la profesión, lo que fue una gran humillación para mí; y, temiendo lo peor, para la profesión simple, pedí oraciones a sor María de los Ángeles, entonces simple postulante. Ella prometió rezar por mí.*

Estando en el noviciado, a veces me sentía agotada y con un vacío espantoso. Fue María quien bajó de modo invisible y me besó en mi frente, haciendo desaparecer todo vacío y todo temor. ¡Cuántas veces, antes del reposo nocturno, la vi intelectualmente inclinarse sobre mí para darme un beso en la frente!

El 8 de abril de 1934 hizo su profesión perpetua. Durante el retiro de preparación, recibió una invitación de Jesús a ofrecerse como víctima por sus hermanos y hermanas religiosos y ella se ofreció el 29 de marzo de 1934. Anota: *Una tarde, en vísperas de la profesión perpetua, al momento de la bendición, sentí en un instante un gran deseo de ser misionera. Nunca me había pasado eso, pero quería ser misionera, no de una misión, sino ser misionera hasta el infinito, es decir, de todas las misiones y para siempre. Tuve miedo de que en vísperas de la profesión solemne, el Señor me cambiase la vocación y exploté en sollozos. Jesús en esos momentos estaba expuesto en el Santísimo y exclamé: “Jesús, Jesús, ten piedad de mí”. Y Jesús calmó la tempestad.*

Llegó el día de la profesión solemne. Me levanté antes de la hora y, cuando estaba por bajar al coro, me di con la sorpresa de que eran las tres de la mañana. Me acerqué a la ventana orando y esperé hasta las cinco. Aquella mañana del 8 de abril de 1934 el cielo estaba nublándose, pero no en mi alma y en mi corazón. Aquel día todos pedían sol para la procesión de San Juan Bosco, pero el Señor mandó lluvia. El capellán, padre Gallardo, después de la misa, vino a verme y me contó que estaba contento. Dijo: “He confesado durante dos horas y media a todos tus parientes y amigos”. A mis invitados les había pedido el don de la comunión y la mayor parte habían cumplido. De mi familia solo fallaron Paola y Nicolás, los demás todos lo hicieron.

Uno de los días Jesús le hizo oír su voz y le preguntó: ¿Crees que soy omnipotente? Pues te doy todas las almas del universo, todas ellas son tuyas y, así como yo me multiplico en cada hostia consagrada, así multiplicaré tu oración y tus sacrificios en favor de cada alma del universo.

El 23 de julio de 1934 Jesús le dijo: Desde este momento todo lo que me pidas para ti o para otros te lo concederé y cuanto más me pidas, más placer me darás, porque veré que mi esposa me trata como esposo.

Según la costumbre, después de los tres días de fiesta habituales por la profesión perpetua, la Madre abadesa me sacó del noviciado (era el 10 de abril) y me acompañó a la celda. Antes de recibir su bendición le dije: “Madre abadesa, me dé el mérito de la obediencia para comenzar a hacerme santa. Me respondió: “Con todo el corazón”, haciendo sobre mí la señal de la cruz. También le pedí observar la vida común en todo como las demás y me lo concedió. Después comenzaron los gozos. “A Jesús lo sentía más en la celda que en el coro. Y, cuando no sabíamos qué cosa decirnos, nos reíamos porque no había miradas indiscretas. Mi vida era una sonrisa. Él me sonreía y yo a él”.

CONSOLATA Y EL PADRE SALES

La tarde del primer viernes de mayo de 1934 fui llamada al locutorio para saludar al padre Sales. Fue nuestro primer encuentro. Le prometí oraciones y esa misma tarde me quedé en el coro a rezar por él a la Virgen.

Un día la Virgen me dijo: *Al padre Sales te lo doy como hermano.*

- *No, ya tengo uno.*
- *Y tendrás también al padre Sales.*
- *Mamá, tú sabes cuánto sufro por mi hermano espiritual el padre Garneri. Jesús me basta.*
- *Mira, Consolata, tú le enviarás una tarjeta de tu profesión y le escribirás la propuesta de que sea tu hermano y le dedicarás como jornada de oración todos los domingos. Esta es la voluntad de Dios.*

En abril de 1935, después de casi un año, Jesús quiso que fuera también mi director espiritual. Me sorprendí de ser entendida como no lo había hecho ningún otro confesor.

El 24 de abril de 1935 el cuadro del Corazón de Jesús de su celda se hizo radiante y me dijo Jesús: “Consolata, te doy al padre Sales por padre espiritual. Será él quien te ayudará a subir la cima del amor, te hará un bien inmenso. Te lo doy yo, el Corazón de tu Jesús. Del padre Sales no estoy celoso”. El 26 de julio de ese año 1935, Jesús le dijo: “Consolata, de hoy en adelante, el padre Sales será para ti Jesús y entre mi palabra y la suya, tu preferirás siempre la suya, porque será más segura para ti.

Jesús también le dijo: *Así como yo y el Padre somos una misma cosa, así tú y el padre Sales.* Y Consolata repetía: *Yo y el padre Sales somos una misma cosa.*

En el Diario de Consolata, entre las fechas 15 y 24 de octubre de 1943, se nos dice que la Virgen le dijo interiormente: *Sé para el padre Sales lo que era santa Cara para san Francisco de Asís en los últimos años de su vida.*

Un día pensé en buscarme un hermano espiritual en el cielo y escogí a don Andrés Beltrami y le añadí como hermano a su santo amigo don Augusto Czartowski. Los dos hermanos del cielo no tardaron en demostrarme su afecto con dos visiones. Don Andrés una noche, después de Maitines, y don Augusto una tarde en el coro ³. Don Augusto antes de despedirse, me bendijo y me besó

³ Epistolario, p. 82.

*en la frente como un delicado hermano besa en la frente a su hermanita, que está en la cuna. Me pareció la cosa más natural*⁴.

Yo amo a todos los santos, pero experimento una protección particular con aquellos que prefiero como san Francisco, santa Clara, don Bosco, san José Cottolengo y san Conrado. Son millares y millares de veces que uno u otro santo me decía: “Consolata, ten ánimo”. Don Bosco muchas veces me sonreía y me bendecía.

CARIDAD

La caridad relucía en el alma de Consolata, que trataba siempre de amar, servir y hacer felices a los demás. Veamos algunos ejemplos.

Nos dice: Era todavía una postulante y una noche tocaron a mi puerta. Una hermana me dijo: “Pierina, me haga la caridad, en el corredor hay un escarabajo y tengo miedo de que entre en mi celda y no puedo dormir. Venga a matarlo”. Seguí a sor Gertrudis y después de matar el animalito, me volví a mi celda a dormir, pero no pude menos de sonreírme y decir: “Jesús, por un escarabajo”. Entonces Jesús me iluminó sobre mi futuro: “Te haré santa, santa del pueblo, a ti recurrirán sin temor de perturbarte aun por un escarabajo. Serás la santa de todos, a la que todos se atreverán a acudir por cualquier cosa .

Un día por Navidad de 1934 Consolata se dio cuenta de que la hermana que estaba a su lado en el comedor había comido poco, porque estaba triste. Partió una mandarina y le dio la mitad. La hermana dijo No, pero al fin aceptó y comió la media mandarina. Consolata partió otra por la mitad y se la dio. Lo mismo: No; y al final aceptó para no llamar la atención de las otras. Por tercera vez, Consolata hizo lo mismo y la otra hermana comenzó a reírse. Era eso precisamente lo que quería Consolata, porque de esa manera se disipó la tristeza de su compañera.

El 1 de septiembre de 1935, Jesús le aconsejó: Consolata, si tienes muchas cosas que hacer y ves una hermana que necesita ayuda, no pases adelante, quédate primero a ayudarla. Yo pensaré en ti para hacer que puedas cumplir todos tus deberes.

El 8 de mayo de 1936, escribe: *Fui a lavar los platos para hacer un acto de caridad. Me hicieron una pregunta e hice mal en responder y me sentí mal y le di a la Madre una respuesta que mejor hubiera sido haberme callado. Me fui a*

⁴ Ib. p. 149.

la capilla a contarle mi problema y mi falta a Jesús. Jesús me ayudó y fui a la celda de la Superiora y la encontré queriendo lavar los platos. Yo le dije: “Usted tiene mucho que hacer”. Le tomé las cosas y me fui al lavadero. Eso bastó para reparar mi falta y se restableció la paz de mi alma.

Sor Gertrudis cayó enferma con bronco pulmonía que degeneró en tisis. A principios de 1943 sus condiciones eran desesperadas y ella le pidió a la Madre que la atendiera sor Consolata como enfermera nocturna. ¿Cómo rechazar este pedido? Sor Consolata siempre decía sí a todas ⁵. Durante 20 días y 20 noches sor Consolata la atendió y tuvo que dejar su descanso del mediodía por atenderla. Sor Gertrudis murió el 17 de enero. Sor Consolata escribió: *Esa noche, cuidándola parecía que todo me daba vueltas y no podía estar de pie. Comencé a sentir las consecuencias de esos 20 días y 20 noches sin descansar. Mi cabeza no me daba más. Recé a la Virgen y, como la enferma estaba dormida, traté de descansar un poco. A las cinco, ya estaba yo en estado normal y todo el día, cuando la cuidaba, sor Gertrudis me sonreía suavemente. Murió en mis brazos.*

El 29 de septiembre de 1935 estaba Consolata pensando en que en las cárceles había 200.000 presos por ideas políticas. Ella exclamó: *Dios mío, son 200.000 corazones llenos de odio, que sufren de desesperación, sin un rayo de esperanza entre cuatro paredes. Qué dolor tan terrible. Tú solo los puedes consolar. Tú solo puedes darles paz. Jesús, después de mi muerte, déjame que yo sea la hermana buena, la Consolata de todos, déjame descender a las cárceles para consolarlos y acercarlos a ti. Déjame consolar a cada uno que está prisionero y sufre. Y Jesús le respondió: “Sí, Consolata, te lo prometo. Después de tu muerte te dejaré bajar a las cárceles. Escríbelo”.*

El 2 de octubre de 1935 comenzó la guerra de Italia contra Etiopía. Sor Consolata escribió: *“Quisiera volar a los campos de batalla como una hermana de la caridad, pero también desearía ser capellán militar para absolver y así salvar eternamente a los pobres soldados que mueren. Pero, si no puedo estar con los soldados, puedo orar y ofrecerme por ellos. Oh, Jesús, acoge mi ofrecimiento para que ningún soldado muera sin tu perdón”.* Jesús le respondió: *“Sí, te aceptó como víctima por cada soldado y por todos los soldados”.* También es interesante anotar que siempre, durante su vida claustral, Consolata había tenido presente suplir el mal causado en la Iglesia por Lutero y Calvino. El 20 de octubre de 1934 le dijo Jesús: *“Piensa en cuántas almas arrastró Lutero en sus errores. Los protestantes son millones. Recuerda tu deseo de hacer tanto bien cuanto Lutero y Calvino hicieron de mal”*

⁵ Escrito el 4 de enero de 1943 por sor Consolata.

El 18 de septiembre de 1936 le dice: *No solo serás Consolata de todos por los siglos, sino consolación también de la Iglesia a cambio de los dolores que sufrí por Lutero y Calvino.*

Eres Consolata y debes ser consoladora de todos, de los niños y de los ancianos, de los inocentes y de los pecadores (18 de septiembre de 1935).

Consolata, te daré un nombre nuevo. Serás Consolata de Jesús. Sí, antes de ser consoladora de todos, serás la consoladora del Corazón de Jesús por tus hermanos consagrados extraviados para que vuelvan a su amor. Todo lo que es mío es tuyo. El Corazón de Jesús es de Consolata como el corazón de Consolata es de Jesús. Nadie nos podrá separar. Seremos una sola cosa. Tú en mí y yo en ti, como yo estoy en el Padre y el Padre está en mí.

El 6 de septiembre de 1936 le dice Jesús: *Te daré la victoria sobre el comunismo en España, pero haz lo posible para darme el acto incesante de amor. El acto de amor encierra todos tus propósitos y con eso Jesús te dará la victoria en España y así le dirá al mundo cuánto le agrada el acto incesante de amor.*

El 17 de marzo de 1941 le escribe ella al padre Sales: *Si un día habla con el Santo Padre, dígame que sor Consolata lo ha amado tanto durante su vida que fue feliz de poder morir, porque sabía que su muerte debía llevar consuelo a su corazón paterno. Al llegar al paraíso, antes que ser la consoladora de todo el mundo, lo seré del Santo Padre.* El 26 de septiembre de 1941 escribió: *La Virgen me ha inspirado ofrecermelo como víctima por el Santo Padre Pío XII. Mañana, durante la misa y comunión, me ofreceré víctima por él.*

CONSAGRACIÓN DE SU FAMILIA

Después de mi conversión en 1929, me nació el deseo de que mi familia se consagrara oficialmente al Corazón de Jesús. Teresio y Franca lo hicieron y el Sagrado Corazón tomó posesión de mi familia en junio de ese año. El tío José fue invitado por sorpresa y estuvo contento. Teresio me obedecía “ad litteram” y por la mañana hicieron una comunión general y la consagración en la tarde. En aquella fiesta tomaron parte nueve, tres de ellos están ya en el paraíso: Mi tío José, Teresio y mi padre.

En 1934 dedicó el mes de junio para obtener la gracia de la consagración oficial de su familia al Sagrado Corazón el día de san Pedro y san Pablo. Hizo que se reunieran sus familiares en la casa ante una imagen del Corazón de Jesús, que su madre y hermanas rodearon de velas y flores. Estaban en total unas 25

personas. Ella no estaba, porque estaba en el convento y el padre Sales hizo la consagración de la familia la víspera de la fiesta de san Pedro y san Pablo, es decir el 28 en la tarde.

En una ocasión Jesús le dijo: *Dile a la Madre que te dé tres cuadros del Corazón de Jesús: uno para Amalia, otro para tu hermana María y otro para Josefina. Le manifesté que no me atrevía. Me respondió: “Dile que es Jesús quien lo pide, y verás cómo acepta de inmediato”. Y tú, regalando esos cuadros a tres hermanas, les pedirás la consagración de su familia y el padre consagrará esas tres familias al Corazón de Jesús. Así toda la familia estará consagrada a mí. El breviario que te ha regalado Paola no te sirve, dile a la Madre que quieres dárselo al padre Sales y te lo concederá* ⁶.

CONVERSIONES

A primeros de julio de 1935 un padre de familia recomendó a las capuchinas orar por su hija Clelia, que en el taller estaba expuesta al peligro de caer en la impureza. La Superiora le encargó a Consolata escribirle. Le escribió y le envió un cuadro del Corazón de Jesús. A los pocos días recibió la respuesta de Clelia, agradeciendo la carta y el cuadro y diciéndole: *Seguiré sus consejos y seré buena hija. Prometo que pondré siempre alguna flor al Corazón de Jesús y los viernes tendré una vela prendida para que me ayude a ser buena, sabia y trabajadora.* Dos meses después Consolata le pidió que cumpliera con los nueve primeros viernes de mes y que se hiciera apóstol del Corazón de Jesús.

También rezó mucho por Félix, que era hermano de la primera esposa de su papá. Era un anciano de unos 70 años, que no se confesaba ni comulgaba nunca. Era un buen zapatero, que vivió ayudando a su mamá y dio sus ahorros para ayudar a sus hermanas y a sus sobrinos. Había decidido quitarse la vida abriendo la llave del gas.

El 13 de diciembre de 1935 Jesús le dijo a Consolata: *Pide a la Madre en mi nombre, dos libritos de la gran promesa de los primeros viernes: uno para Nicolás y otro para tu tío Félix. Ese libro será su salvación. Yo actuaré.*

Y ciertamente vieron a Félix que se confesó y comulgó en el santuario de la Consolata. Después fue fiel a los Ejercicios de piedad y todas las tardes iba a la bendición del Santísimo Sacramento, mientras que antes nunca pisaba la iglesia. Murió en la paz de Dios el 18 de junio de 1941.

⁶ Carta del 1 de octubre de 1936 al padre Sales.

También consiguió la conversión de Nino, futuro esposo de su hermana Amelia. Consolata dice: *Se confesó y comulgó en nuestra iglesia.* Otra conquista fue la de su hermano Carlos. *Un día, mientras estábamos en el negocio, llegó a nuestra casa. Teresa corrió a abrazarlo, pero él la rechazó, diciendo: “No me beses, estoy tísico”. Tenía 23 años. Como sabía que estaba lejos de Dios, le dije: “Carlos, no debes morir sin sacramentos”. Y oré mucho por él. A primeros de julio de 1919, Carlos fue ingresado en el sanatorio de tuberculosos de guerra en el Eremo di Lanzo. Poco a poco se iba apagando su vida y por tres veces había rechazado los sacramentos. Jesús me hizo sentir que solo le quedaba una semana de vida. Se lo escribí en una carta. Era domingo por la tarde. El domingo siguiente Carlos estaba muy grave. Comprendí que moriría esa noche y con llantos y oraciones oraba por él. A la mañana siguiente me dieron una carta del sanatorio. Carlos había expirado y, según el sacerdote que lo atendió, confortado con los últimos sacramentos.*

CONSAGRADOS APÓSTATAS

Nos dice Consolata: *Jesús me descubrió sus íntimos sufrimientos por la infidelidad de las almas consagradas* (9 de noviembre de 1934). Me dijo: *Mira la traición de los sacrílegos consagrados, es decir, de tus hermanos y hermanas, excepto alguna excepción, es por pecados contra la pureza* (26 de octubre de 1935).

El 14 de octubre de 1935 estaba Consolata orando ante Jesús sacramentado, solemnemente expuesto, y oyó a Jesús: *“Consolata, ¿sabes tú el dolor que causa a mi Corazón cuando una voz me hace descender en manos impuras, en corazones sacrílegos? Yo soy la pureza infinita y estoy obligado a descender a manos impuras y a corazones inmundos”* (en la misa se entiende). *El 31 de julio de 1936 le insistió: “Mira, Consolata, vete en busca de cada hermano y hermana consagrados y me los traes y yo los perdonaré por la sangre que he derramado por todos”.*

Jesús le encomendó las almas de todos los hermanos y hermanas consagrados, que habían prevaricado y ofendido gravemente a Dios. Le dijo también: *Desde hoy hasta tu último respiro, consagra cada oración y sacrificio al bien de tus hermanos consagrados, hazlo todo por ellos. A las otras intenciones pienso yo. Ora, sufre, expía, repara por tus hermanos, por todos tus hermanos y hermanas que hayan pecado gravemente hasta el fin de los siglos. Llévalos en tu oración en la santa misa. Sumérgelos en mi sangre divina. Llévalos a todos a los pies de la custodia, cuando estoy expuesto o dentro de los sagrarios y reza por ellos.*

Un día en que Consolata lloraba por sus pecados. Jesús le dijo: *Llora por la traición de tus hermanos y hermanas. Tus lágrimas las uniré a las mías y las ofreceré al Padre para interceder por su perdón, pero no llores por ti. Te inmolo por todas las almas del universo, pero tu misión especial es por tus hermanos consagrados.*

Otro día, hablándole de Judas Iscariote, le dice: *Lo amaba tanto... Era uno de los míos. He hecho de todo por salvarlo, pero de su corazón endurecido no he podido sacar nada, ni una mínima señal. Judas fue el primer anillo de una interminable cadena que dura veinte siglos. Consolata, si tú te das como víctima y aceptas todo el sufrimiento, yo uniré tu pasión a la mía, tu sangre a la mía y la ofreceré por ellos, traidores y apóstatas, y los redimiré.*

Consolata, ¿acaso debo condenarlos a todos, maldecirlos eternamente? De mi parte estoy pronto a perdonarlos y convertirlos como he hecho contigo. Ellos pueden volver a amarme. Pero una víctima es necesaria. Tus hermanos y hermanas me traicionan con sus vicios: soberbia, avaricia, gula, ambición. Ellos pisotean sus tres santos votos de pobreza, castidad y obediencia.

El 2 de noviembre de 1935 le dice Jesús: *Consolata, todas las veces que asistas a misa, ofrece en la elevación la hostia consagrada y el cáliz de la sangre divina al eterno Padre por manos de la Virgen. Solo ella con sus manos inmaculadas puede reparar el ultraje que recibo al contacto con manos impuras.* El 6 de noviembre de 1935 le asegura: *Consolata yo haré de apóstatas, apóstoles de mi Corazón. Yo lo puedo hacer y lo haré.*

Un día de septiembre de 1936 se presentó en el locutorio una exreligiosa llamada Lucía. Hacía 8 años que había abandonado la vida religiosa y estaba obstinada en sus equivocadas ideas. El 13 de septiembre en la comunión Jesús le dice: *“Consolata, mi Corazón es tuyo, escoge lo que quieras”. Y ella le pide por Lucía. Jesús le dice: “Te la doy y será tu primera hermana (salvada)”.*

Hacia fines de julio de 1936 un Superior pidió a su monasterio oraciones por la salvación de uno de sus miembros muy inteligente, pero falto de piedad, y, sobre todo, de humildad y que podía llegar a ser un apóstata. Debía hacer sus votos perpetuos y le habían aconsejado hacer un mes de retiro. Las capuchinas y, sobre todo Consolata, tomaron en serio orar por él. El 31 de julio, ofreciendo la disciplina por la conversión de este hermano, Jesús le dijo: *Consolata, te lo doy y será tu primer hermano, pero además de tu acto incesante de amor, ¿qué me das? Acepta sus tinieblas para que pueda darle a él la luz divina. Lo convertiré y después lo haré un santo.* El 15 de agosto llegó una carta al monasterio en la que se anunciaba la conversión de aquel religioso. Jesús había mantenido su primera promesa, faltaba la segunda de hacerlo santo.

LA GUERRA

Durante el conflicto italo-etíopico, rogando sor Consolata por los capellanes militares, para obtener que se mantuviesen todos a la altura de su misión, Jesús le contestó (27 de agosto 1935): “Mira, la mayor parte de estos muchachos (los soldados), hubieran sido unos viciosos en sus casas. En cambio en la guerra, lejos de las ocasiones, con la asistencia del capellán, morirán y serán eternamente felices”.

Lo mismo le repetía en cuanto a las crisis económicas, que abrumaban al mundo antes de la reciente guerra (15 de noviembre 1935): “La miseria actual que reina en el mundo, no es obra de mi justicia, sino de mi misericordia”.

¡Cuántos pecados menos por falta de dinero! ¡Cuántas más oraciones se elevan al cielo en las estrecheces financieras!

“No creas que no me conmueven los dolores de la tierra; pero amo las almas, las quiero salvar y, para lograrlo, me veo forzado a usar de rigor. Pero créelo, es para hacer misericordia”.

“En la abundancia las almas me olvidan y se pierden, en la miseria tornan a mí y se salvan. ¡Así es, sábelo!”.

Durante la tremenda conflagración mundial, y precisamente el 8 de diciembre de 1940, entre Jesús y sor Consolata, que gemía y suplicaba por la paz, tuvo lugar el siguiente dialogo:

“Mira Consolata, si hoy concediese la paz, el mundo volvería al fango, no sería suficiente la prueba soportada”.

Pero, Jesús, toda esta juventud va al matadero.

¿No es mejor dos, tres años de acerbos, intensos e inauditos sufrimientos y después una eternidad de gozos, que una vida entera de disoluciones y después la eterna condenación? Escoge.

Hoy para poder salvar al mundo eso es necesario. Cuántos jóvenes darán eternamente gracias a Dios, porque perecieron en esta guerra que les ha salvado para siempre. ¿Lo comprendes?...

Si permito tanto dolor en el mundo es por este único fin: salvar las almas para la eternidad. El mundo se perdía, corría a la ruina.

Consolata, las casas se reedifican, las almas que se pierden no. ¿No es mejor salvar almas y que las casas se arruinen, que perder aquellas eternamente y salvar estas? ⁷.

El 16 de octubre de 1942 Jesús le dijo: Este año quiero nacer en Navidad en todos los corazones de los prisioneros de Campos de concentración, en todos aquellos soldados de los campos de batalla, en todos los heridos, en los que están en los hospitales, en todos los que sufren y se desesperan en el mundo entero.

El 9 de agosto de 1943 oyó que le decía Jesús: El mal más grande es la pérdida del alma. Esto y solo esto es el verdadero y grande mal, porque dura eternamente. Las casas destruidas se reedificarán, pero un alma perdida está perdida para la eternidad. Tú debes procurar solo mis intereses: La salvación de las almas y no otra cosa.

Y ella escribe: El miércoles de ceniza de 1944 tuve la visión de un campo con muchos soldados salvados y comprendí que una muerte violenta (en la guerra) los había salvado para la eternidad, mientras que, si hubieran vivido largos años, la mayor parte habrían perecido eternamente.

EL DEMONIO

Nos dice: El demonio desde hace un tiempo me ataca con una quemadura, un peso que me cae al pie para aplastarme un dedo o caídas. Estaba removiendo la polenta, cuando la banquita sobre la que me había subido, me la quitaron por mano invisible y, cuando estaba para caer sobre el caldero y sobre el fuego, una fuerza me echó para atrás y caí al suelo sin hacerme daño. Pocas horas después otro caso semejante. Esta vez la intervención divina salvó la olla de los huevos y yo permanecí ilesa.

El 22 de mayo de 1936 nos dice Consolata: He tenido visiones de gatos. El enemigo me tienta con malas tentaciones Hice dos señales de la cruz, una sobre mí y la otra sobre el enemigo que huyó. Cuando el enemigo trata de asustarme por la noche con malos sueños, recurro a la señal de la cruz y al agua bendita y retomo el sueño.

⁷ El Corazón de Jesús al mundo, pp. 57-60.

El 10 de marzo de 1944 nos dice Consolata: *La otra noche soñé con un gato con lana de cabra, que entraba o quería entrar a toda costa en mi casa. Cogí la escoba y comencé a golpearlo. Conseguí expulsarlo. El demonio, o sea el gato, levantó mucho polvo y dejó muchos mechones de lana. Después me vinieron a la mente escenas obscenas, pero el demonio había sido expulsado y solo me quedaba limpiar la habitación con el incesante acto de amor.*

Jesús le manifestó: *Consolata, un día el demonio juró perderte y yo salvarte, ¿quién ha vencido?... Ha jurado perder también al mundo y yo juro salvarlo, y lo salvaré con el triunfo de mi Misericordia y de mi Amor. Sí, salvaré al mundo con el amor misericordioso, anótalo.*

JESÚS Y MARÍA

Para atraerme a él Jesús solo usó el amor. Y las ternuras de su amor se repetían a los pies del sagrario, como si me encadenaran a la puertecita del sagrario y, sobre todo, cuando podía contemplarlo en la custodia en la Exposición del Santísimo. Entonces las horas me parecían minutos con la mirada fija en la hostia.

Desde 1918 en adelante las comuniones fueron diarias. También en esos momentos Jesús conquistaba mi corazón con dulzuras sensibles, que duraban hasta la consumación de la hostia. Por eso, hasta los 21 años, yo solía tener la hostia pegada al paladar para que durase más. En esos momentos me sentía envuelta en una luz de amor. No podía vivir sin la comunión. Y fue ella y solo ella la que me preservó de cometer faltas graves. En esos años, del gusto que sentía en la comunión, hubiera podido distinguir la hostia consagrada de la que no lo estaba.

El 22 de abril de 1934 Jesús estaba solemnemente expuesto y me dijo: “Consolata, te confirmo en gracia respecto a tu pureza y jamás te dejaré caer en ese pecado... Te dejo la lucha por la pureza, porque no te quiero privar de muchos méritos”.

La Virgen me aconsejó jamás exponerme a ningún peligro; y me ató con un voto a ser fiel. Por eso, cuando la rebelión de los sentidos era fuerte, el único medio que tenía y sigo teniendo es la confianza y el abandono en Jesús y María.

En la tarde del 24 de agosto de 1936 entré a la parroquia un poco tarde para la bendición del Santísimo. Me coloqué en una banca junto a una capilla lateral. Miré la hostia expuesta en la custodia y me sentí envuelta por la presencia real de Jesús sacramentado. Desde ese día, la presencia real de Jesús

no fue para mí un misterio de fe. Yo lo sentía en la custodia y gozaba de él en la comunión, donde él me atraía con ternuras de amor. Y eso continuó mientras fui religiosa.

Un día en la comunión, vi, intuí que Jesús me besaba en el corazón. No sé expresar cómo lo sentí. Ese beso me demostró su sed de amor y de pureza de vida divina ⁸.

Cuántos besos he recibido del Niño divino. Cuántas veces desde la cuna, con su manita, me ha atraído hacia su Corazón. Un día sentía deseos de sus divinos e infantiles ternuras y le pedí a la Virgen: “Mamá, dame al Niño Jesús”. Y la Virgen se me apareció, teniendo a Jesús en su regazo. María me dijo: “Ven, Consolata”. Con una mano sostenía a Jesús y con la otra me atrajo hacia sí y me dio un beso en la frente. Yo me acerqué a Jesús y le di en la frente divina un tímido beso ⁹.

Jesús era feliz de revelarme algunos de sus secretos. Cuando entraba en mi celda Jesús desde el cuadro del Corazón de Jesús, me recibía con una sonrisa. Allí encontraba a Jesús y lo sentía más en la celda que en el coro. Y, cuando no sabíamos qué decirnos, nos reíamos los dos. Mi vida era una sonrisa, no solo en la celda, también cuando estábamos en el coro o en el comedor o en el jardín o en los claustros o mirando el azul del cielo. La sonrisa de Jesús me envolvía. Él me sonreía a mí y yo a él.

En la soledad de mi habitación rezaba las oraciones y estaba largo tiempo absorta en contemplar la cara de la imagen del Corazón de Jesús. No sé, pero del cuadro, Jesús tomaba distintos aspectos según las condiciones de mi alma. A veces era una muda reprensión, otras veces de ánimo; o de paz, que pacificaba mi alma turbada o culpable. Cuando mi conciencia estaba tranquila, la mirada divina era tan penetrante y dulce que sentía necesidad de posar mi cabeza en su Corazón, como si estuviese vivo, y así permanecía largo rato. En su miraba sentía un inmenso amor por mí, un amor lleno de ternura...

Todos los años, por la fiesta de su Inmaculada Concepción, la Virgen solía darme un regalo. El año 1934 me preguntó qué deseaba. No supe responderle, porque no tenía deseos. Ella entonces me dijo: “Consolata, te regalo la gracia de tener una santa muerte”. No me esperaba gracia tan grande. Otro día me dijo: “Te regalo el amor que yo tengo por las almas”.

⁸ Epistolario, p. 614.

⁹ Carta del 3 de octubre de 1934.

Y añadió: *Consolata, tú piensa solo en amar. Nosotros pensamos en todo. ¡Si conocieses el valor de un acto de amor y qué fecundo es para la salvación de las almas! No temas, vivirás siempre bajo mi manto. Salvaremos muchas, muchas almas y después gozaremos de Dios eternamente.*

SAN JOSÉ

Cuando murió mi padre inmediatamente le pedí a san José de sustituirlo. Y así este querido santo ha llegado a ser mi padre y protector.

Cuando estaba afligida porque mi padre estaba en el purgatorio y Jesús no quería liberarlo hasta el Aleluya del Sábado Santo, san José me dijo que él le mandaba a Jesús y que mi padre saldría del purgatorio el Viernes Santo. Mantuvo su promesa y el Viernes Santo, durante la misa, en una rápida visión, vi a mi padre liberado del dolor y dejar el purgatorio ¹⁰.

Recién liberado mi padre, se me presentó todo feliz apenas salido del purgatorio, acompañado de mi cuñado, esposo de Teresa, que se llamaba Teresio. Mi padre me habló en dialecto y me dijo que iba al paraíso. Me agradeció mis oraciones y me dijo: “Ciao, Pierina, rezaré por ti”, y desapareció.

La noche del 16 de mayo de 1940 soñé con Teresio (mi cuñado que había muerto de improviso a los 33 años). Se me apareció feliz y me dijo: “Pierina, he venido a saludarte porque no nos volveremos a ver más hasta que entres en el paraíso. Como parientes, nos besamos y Teresio desapareció.

Sobre su cuñado Teresio escribió: Era un alma recta hacia Dios y hacia los hombres. Habría preferido morir antes que faltar a su palabra dada. Y esta rectitud la llevaba esculpida en su rostro y era el motor de todo su obrar. Por esto fue de todos querido y llorado.

Un día estaba Consolata pensando en Teresio y en por qué había ido tan rápido al cielo. Dice: Se me apareció y me ha conseguido muchas gracias y, si le rezo, de inmediato viene como si fuese un gran santo. ¿Qué hizo sobre la tierra? Nada de extraordinario. Como todos los hombres había gozado y había trabajado, aceptando los problemas de la vida, pero nada de cilicios o de ayunos. Jesús me dio a entender que había cumplido los mandamientos y él le había dado de inmediato el paraíso.

¹⁰ Diario, p. 337.

Otro día se me apareció la Virgen María y me dijo que me había conseguido el don de una santa muerte. Yo me acerqué y me arrodillé junto a ella que estaba toda vestida de blanco, y renové mis dos votos: de ser inmaculada de la mente y no solo de un pensamiento; de la lengua y no solo de una palabra.

Jesús me habló el 10 de septiembre de 1936: No pienses en tu muerte y en lo que pasará en aquellos últimos instantes, yo pensaré en ello. Yo pienso en todo hasta en los más mínimos detalles, haciéndote encontrar tiempo para todo.

San José me prometió el 9 de noviembre de 1935: Consolata, te ayudaré en tu misión y te asistiré en el último momento. Soy el protector de los moribundos y el terror de los demonios. En tus últimas horas de agonía, la Madre Superiora te representará ante la Virgen; yo no me haré representar, estaré a tu lado espiritualmente. ¿Estás contenta?

El 21 de marzo de 1942 Jesús le dice: Tú piensa solo en amar y salvarme almas. En tu muerte, sobre el día, la hora, el minuto pensamos nosotros: Jesús, María y José.

Consolata rezaba mucho por las almas del purgatorio. Decía: Me duermo en la tarde con el Vía Crucis y después de Maitines rezo el rosario y cien Requiem por ellas. La Virgen María y las almas benditas me ayudan a despertarme en la mañana.

Después de la muerte de la madre del padre Sales, ella le escribió y le dijo: No tuve que rezar mucho por ella, porque Jesús me hizo comprender que en la primera misa celebrada (usted) su madre había entrado en el cielo ¹¹. Muchas almas benditas venían a agradecerle sus oraciones, cuando iban al cielo.

¹¹ Epistolario, p. 158.

SU ÁNGEL

Anota Consolata: *Amé mucho a mi ángel custodio y este afecto fue correspondido con su ayuda y protección. Recuerdo que un día, en el noviciado de Penssione, tuve el encargo de llevar unas ropas a cierto lugar. No conociendo bien la casa y estando yo sola le pedí a mi ángel con sencillez infantil: “Tú sabes dónde se encuentra esa habitación, dame la mano, yo cierro los ojos y tú me conduces”. Fiándome ciegamente de él, caminé por los interminables corredores hasta que oí un susurro: “Detente aquí”. Me detuve, abrí la puerta y estaba delante de la habitación deseada.*

Siempre, antes de dormirme, rezo a mi ángel que me dé al momento de la llamada de la mañana o del despertar, la fuerza necesaria para levantarme de la cama. Y siempre mi fiel amigo me ha llamado. Cuando por escribir cartas urgentes o por otras necesidades necesito despertar a una hora o dos antes de la campana, se lo pido a mi ángel y me despierta con un “Jesús, María os amo, salvad almas”.

Creo que mi querido ángel custodio sabe que lo quiero bien y estoy agradecida. Cada mañana le ofrezco mi jornada terrena: la santa misa y la comunión, pero en el paraíso espero demostrarle más sensiblemente mi agradecimiento por estar conmigo en todos los momentos de mi vida ¹².

Consolata llamaba a su ángel *mi buen ángel*.

COMPASIÓN Y CONFIANZA

Le dijo Jesús: Mira, Consolota, al infierno va el que quiere... Piensa cuán necio es vuestro temor de condenaros, después que para salvar vuestra alma he derramado mi sangre, después de haberos colmado de gracias y más gracias durante una larga existencia. En el último instante de la vida, cuando me dispongo a recoger el fruto de la redención, y esta alma está ya en situación de amarme eternamente. Yo, que en el santo Evangelio he prometido darle la vida eterna y que nadie será capaz de arrebátarmela de mis manos, ¿me la dejare robar del demonio, de mi peor enemigo? Pero, Consolata ¿se puede creer semejante monstruosidad?

No, no es la multitud de los pecados lo que condena al alma, porque yo los perdono, si ella se arrepiente; sino la obstinación en no querer mi perdón, en querer condenarse.

¹² Diario, pp. 959-961.

Dimas, en la cruz, hace un sólo acto de confianza en MI y, aunque muchos son sus pecados, en un instante es perdonado y el mismo día de su arrepentimiento, entra en posesión de mi reino y es un santo. ¡Mira el triunfo de mi misericordia y de la confianza depositada en MI!

No, Consolata, mi Padre que me ha dado las almas, es más grande y poderoso que todos los demonios y nadie puede arrebatárselas de las manos de mi Padre.

*Oh, Consolata, confía, confía siempre; cree ciegamente que cumpliré todas las grandes promesas que te he hecho, porque soy bueno, inmensamente bueno y misericordioso y no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*¹³.

Un domingo don Garneri me comunicó la muerte de don Gusmano, invitándome a orar por él. Sentí en mi alma una extraña impotencia y no conseguí rezar. Solo salía de mi corazón el acto de amor. Entonces pensé: “Quizás don Gusmano sufre por causa mía por aquellas comuniones que me impuso por obediencia”. Jesús permitió que viniera personalmente don Gusmano a visitarme. Me dijo: “Consolata, ¿por qué ultrajas así al Corazón de Jesús, dudando de que me haya condenado por aquellas comuniones? ¿No sabes que eso le ofende? Cree que yo estoy en el cielo. Tú sabes que yo me ofrecí por tu vocación como víctima. En el cielo continuaré a protegerte. Tú ama siempre. Ahora vamos a agradecerle a Jesús. De pronto me encontré en su divina presencia, pero más que agradecerle, el pensamiento de haberlo ofendido con mi desconfianza me dolía y recé el acto de contrición. Don Gusmano obedientemente pronunció el “Yo te absuelvo de todos tus pecados” y después desapareció. Yo quedé con Jesús llena de alegría y de paz divina.

El 15 de diciembre de 1935 Jesús le dice: Muchas veces almas buenas, almas piadosas y a veces hasta almas que me están consagradas hieren lo íntimo de mi Corazón con una frase de desconfianza y dicen: “Quizás me salve”. ¿A qué vine el insulto: quizás me salve; si en el evangelio he asegurado que nadie puede arrebatarme un alma y que a esta alma doy la vida eterna? Créeme, Consolata, al infierno va el que quiere, esto es, el que verdaderamente quiere ir, porque si nadie puede arrebatarme un alma de las manos, el alma valiéndose de la libertad que se le concede, puede huir, puede traicionarme, renegar de mí y consiguientemente pasar a manos del demonio por su propia voluntad.

¹³ El Corazón de Jesús al mundo, pp. 70-71.

Un amor que desconfía, no es amor, sino temor; y toda angustia causada por la desconfianza, no honra, sino hiere al Corazón de Dios.

Jamás, jamás, jamás tengas la menor duda de que por una infidelidad tuya se debiliten mis promesas, jamás. ¿Estamos? De otro modo herirías mi Corazón en lo más íntimo.

Imita a los niños que, al menor arañazo en un dedo, corren a la madre para que se lo vende. Haz tú siempre lo mismo. No olvides que yo borraré y repararé tus faltas, imperfecciones e infidelidades, como la madre venda el dedo real o imaginariamente enfermo. Y si ese niño, en vez del dedo, se rompiera un brazo o la cabeza, dime ¿eres capaz de describir la ternura o la delicadeza, el afecto con que le curaría y le vendaría su madre? Así haré con tu alma, si llegase a caer, aunque lo disimulara. ¿Lo entiendes? Jamás, jamás la menor sombra de desconfianza. La desconfianza me hiere en lo más íntimo del Corazón y me hace sufrir.

Y Consolata refiere una experiencia personal: *Una tarde me detuve unos instantes en la huerta y me senté en un banco. Los pollitos, tomándome por su buena proveedora, me rodearon al momento, ocupando al asalto mi regazo y alineándose después todos en el borde del respaldo del banco. Pensando en mi Padre san Francisco, les dejé que hicieran lo que quisieran, después sentí la necesidad de prestarles mi corazón para que también ellos pudiesen amar como yo tanto deseo. A uno de ellos, que había quedado en mi regazo, intenté acariciarlo, pero se intimidó y su corazoncito comenzó a latir muy fuerte. Quise calmarle, para lo cual lo estreché contra mí, teniéndole junto a mi corazón hasta que se tranquilizó. A él le gustó, se quedó ahí muy quieto, pero yo le dejé ir a juntarse con sus compañeros y volví al coro a adorar a Jesús. No pensaba ya en este hecho insignificante, cuando vino a ilustrármelo la divina gracia: si Consolata tuvo compasión de aquel pobre pollito, solo porque lo encontró espantado y sintió la necesidad de estrecharle contra su corazón para tranquilizarle. ¡Cuanto más el Corazón de Jesús, que es corazón humano sentía compasión de mi pobre alma y experimentaba la necesidad de estrecharla contra su divino Corazón! Y como por la mañana había cometido una falta contra la caridad, considerándome por consiguiente indigna de ello, otro pensamiento confortó mi espíritu. ¿Qué mérito tenía aquel pollito a quien estreché en mi corazón y le acaricié? Ninguno. Sencillamente la compasión me impulsó a hacerlo. Esa misma compasión impulsaba a Jesús hacia mi pobre alma. “¡Jesús, soy tu pollito!”. Y me parece natural subir hasta su Corazón y continuar amándolo”¹⁴.*

¹⁴ El Corazón de Jesús al mundo, pp. 40-41.

Él me dijo: *Dame siempre la alegría de fiarte de mí, aun entre tinieblas de muerte. Dame siempre la alegría en cualquier hora tenebrosa en que te encuentres de un Jesús me fío de Ti, creo en tu amor para conmigo y confío en Ti*¹⁵. Y Jesús le recalcó en alguna ocasión: *En el Corazón de la Iglesia tú serás la confianza.*

EL ACTO DE AMOR

La primera vez que Jesús se hizo sentir en mi corazón fue en la comunión general con las Hijas de María en Airasca el 8 de diciembre de 1916. Tenía poco más de 13 años y salía de confesarme entre lágrimas, porque el Señor me había hecho sentir dolor de mis gravísimas culpas. A los 13 años me consagraba a la Virgen Inmaculada... Cuando por la mañana siguiente fui a comulgar, Jesús miró mi extrema miseria. Cuando volví a la banca escondí mi rostro entre las manos para hacer mi acción de gracias. Jesús se hizo sentir en lo profundo de mi corazón y me dijo: “¿Quieres ser toda mía?”. Esta frase me conmovió totalmente y lloré, porque, sin comprender bien la pregunta, respondí: “Sí, Jesús”.

Ser toda de Jesús era para mí hacerme religiosa. Guardé secreto, pero desde aquella mañana, me acostumbré a decir con frecuencia: “Jesús, hazme toda tuya y llévame lejos del mundo a un convento”

Mi hermana María me había regalado un librito de piedad. Lo que más me gustó de ese libro fue la frase: “Dios mío, te amo”.

Un día en que estaba cumpliendo un encargo en un camino solitario, comencé a pronunciar con el corazón: “Dios mío, te amo”. Y al momento sentí una alegría íntima, suave e indescriptible como son todas las alegrías que vienen del Señor. Mis ojos se llenaron de lágrimas de alegría. Aquel fue mi primer acto de amor. Y lo repetía con mucho amor y alegría cientos y miles de veces.

Hasta que entré en las salesianas, Dios se me manifestaba a través de la naturaleza y elevaba mi alma como extasiándola de amor. A veces me detenía a contemplar el inmenso cielo estrellado, mientras silenciosas lágrimas inundaban mi rostro. En esos momentos, sentía la inmensidad de Dios, pero sobre todo que Él era Amor, que me amaba y yo también lo amaba.

¹⁵ 27 de noviembre de 1935.

Y escribe en sus *Apuntes autobiográficos*: *Un lunes del verano de 1924, una amiga, Gina Richetto me suplicó que le guardara un libro, que más tarde pasaría a recogerlo. Era la "Historia de un alma" de santa Teresita.*

Sentada junto a la ventana de la tienda, a la luz de la lámpara de la calle, leí el libro. Y al leerlo, la luz divina iluminaba más y más mi espíritu. Era la hora de la gracia y también de la vocación de amor. Sentí aquella tarde que la vida de amor de santa Teresita podía hacerla mía y que correspondía plenamente a los deseos de mi corazón. La frase que más me conmovió y me hizo explotar en llanto fue: "Dios mío, quisiera amarte tanto como nadie te haya amado", y yo repetía y repetía: "Dios mío, yo te amo". Jesús inundó mi alma de ternuras hasta entonces desconocidas, que siguieron mientras estaba de postulante entre las Hijas de María Auxiliadora en Giaveno. Entonces aumenté la jaculatoria y repetía: "Dios mío, te amo, aumenta mi amor por ti". Y a veces era tanto el amor de Jesús que llenaba mi alma que tenía que decirle: "Basta, basta, Jesús, que no puedo más. Tú me vas a hacer morir".

Después Jesús me pidió repetir: *"Jesús, María, os amo"*. Y más tarde quiso completar la frase con la fórmula definitiva: *"Jesús, María, os amo, salvad almas"*. Me aseguró que cada vez que decía: *"Jesús, María, os amo, salvad almas"*, reparaba mil blasfemias, ya que el acto de amor, valía más que cualquier otra obra.

Me decía: *"Jesús, María, os amo, salvad almas" comprende todo: las almas del purgatorio y las almas de la Iglesia militante. El alma inocente como la culpable, a los moribundos, los ateos, etc. (20 de junio de 1940).*

Ella explica: *Apenas me despierto, comienzo el acto de amor y no quiero interrumpirlo hasta que me duerma en la noche, cuando le pido a mi ángel que durante mi sueño sea él, el que rece en mi lugar (febrero de 1937).*

Y Jesús le recordaba para que no se le olvidara: *Un acto de amor decide la salvación de un alma y vale como reparación de mil blasfemias.*

ACTO INCESANTE DE AMOR

El primer jueves de diciembre de 1935 Jesús le dijo: *Dame todo tu amor, todas las palpitations de tu corazón en el incesante acto de amor. No quiero más, porque únicamente en este incesante acto de amor, me das todo, todo, por ti y por tus hermanos. Quiero que me demuestres tu fidelidad y generosidad: con la renuncia completa de cada pensamiento, de cada palabra para no interrumpir jamás tu acto de amor.*

Para la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús de junio de 1936 Consolata estaba lista para emitir el voto del incesante acto de amor. Jesús lo había estado queriendo y ella se preparó con una fervorosa novena.

El 21 de mayo de 1936 Jesús le había dicho: *Sígueme con el acto incesante de amor día a día, hora por hora, minuto por minuto. En todo lo demás, yo pensaré y proveeré.*

Consolata, ámame tú por todas y cada una de las criaturas, por todos y cada uno de los corazones que existen. ¡Tengo tanta sed de amor! Ámame, tengo sed de tu amor, como el que se muere de sed y desea una fuente de agua fresca¹⁶.

¡Si supieses cuánto gozo al hacer un alma santa! Piensa en la alegría que experimenta una madre cuando ve a su hijo volver radiante de gozo con el triunfo conseguido. La felicidad de esa madre es indescriptible, pues bien, mi felicidad al ver a un alma que ha llegado a la santidad, supera inmensamente esta débil imagen.

El Sábado Santo de 1934 Jesús le aclaró: *Ten presente que, cuando hablas conmigo o escribes o meditas, el acto de amor continúa. Yo igualmente lo tengo en cuenta, aunque el corazón en ese momento se vea obligado a callar. El acto incesante de amor no impide la vida común, ni va en detrimento de las prácticas de piedad, sean obligatorias o libres. No impide las ocupaciones del día, siempre que el alma procure continuar su canto de amor en la medida que le es concedido por la naturaleza de las mismas ocupaciones. De modo que, cuando uno medita, habla por deber o caridad, cuando está ocupado en un trabajo que lo absorbe, el acto de amor ante Dios es como si continuase. La intención suple la actuación del mismo.*

El acto de amor no debe ser simplemente la repetición de una fórmula, sino un verdadero canto de amor. El amor es lo que le da sentido y valor. La fórmula es una ayuda para que el alma pueda más fácilmente fijarse en el amor.

¹⁶ 13 de octubre de 1935 y 9 de noviembre de 1935.

AMOR , NO PENITENCIAS

Muchas almas, deseosas de consagrarse a Dios, son detenidas por el temor de no sé qué austeridades, como si el divino esposo estuviera más sediento de nuestra sangre que de nuestro amor. Tu ámame siempre, no te pido sino amor.

Consolata, di a las almas que prefiero un acto de amor y una comunión de amor a cualquier otro don que puedan ofrecerme. Sí, un acto de amor a una disciplina, porque tengo sed de amor. Pobres almas, para llegar a mí creen que es necesaria llevar una vida austera y penitente. Cómo me desfiguran. Hoy como ayer como mañana, a mis pobres criaturas solo les pido ahora y siempre solo amor.

Muchas almas se sienten inclinadas a ver a Dios más que como Padre bueno, como el Dueño severo. Para ellas es esta dulce lamentación de Jesús a Consolata el 22 de diciembre de 1935: No me consideréis un Dios de rigor, puesto que no soy, sino un Dios de amor.

El 7 de noviembre de 1935 le aclaraba: Por muy fuertes que sean las tentaciones contra la pureza, nunca recurras a instrumentos de penitencia como cilicios o cadenillas o disciplinas. ¿Me lo prometes? Eso sería contra mi voluntad. No quiero de ti heroicas mortificaciones. En la mesa ofréceme la satisfacción de beber un vaso entero de agua, pero bébelo a sorbos.

Ella anota: Al acercarse las Navidades de 1934, me vino un gran deseo de prepararme con alguna penitencia extraordinaria, al menos con la cadenilla, y Jesús me dijo: “La cadenilla para venir en mi busca será no perder un acto de amor”.

Otra vez quise imponerme una novena de mortificaciones en la comida. La consecuencia fue: veinte días de prohibición de ayuno de regla. No me hubiera sucedido tal cosa, si Jesús, con ello, no hubiese querido darme a entender que para Consolata no quería ni cadenillas ni disciplinas ni más penitencias que las de la regla; nada de esto, sino solo el deber. La regla, el amor. Oh, sí: un incesante acto de amor.

Un día Consolata estaba enferma y tenía mucha sed, pero no quería beber para ofrecer ese sacrificio, Jesús le dijo: Consolata, bebe un poco de agua, yo la bendeciré para que te dé consuelo. Otro día no quería comer para sacrificarse y

Jesús le dijo: *Come por mi amor*. En otra ocasión no quería sentarse y sus rodillas se estaban hinchando. Jesús le dijo: *Consolata, siéntate*.

Una tarde Consolata se sentía mal de salud. No quiso tomar alivio para su mucha sed, pero no podía rezar y estaba triste. Pensó en las luchas de los santos y se propuso imitarlos, pero Jesús le dijo: *No vayas contra la naturaleza. Bebe un poco de agua. Yo la bendeciré y te dará consuelo*. Y ciertamente ese vaso de agua restablecía la armonía en el cuerpo y en el alma. Jesús es bueno ¹⁷.

Otra vez, Consolata estaba con gripe maligna y se apoyó en el banco, mientras estaba de pie, y después se sentó. Sintió un poco de pena y pidió perdón a Jesús. Jesús le dijo: *Ten paz, no me creas severo. Jesús, que a tu padre san Francisco enviaba el cuervo para que le despertara más tarde por la mañana, porque había dormido poco durante la noche, puede permitir a una criatura suya que se apoye o se siente en el coro, porque se siente enferma*.

Consolata tomaba el café amargo por la mañana como penitencia. Jesús le dijo: *pon un poco de azúcar siempre, aunque sea poco*. Había decidido no tomar vino y Jesús le dijo: *Desde hoy en el comedor, comienza a beber vino como hacen las otras. Es mi deseo que siempre tomes vino hasta el último día de tu vida*.

Ella escribe: *Jesús nunca me permitió un apego ni a lo más mínimo. Un día pensé que estaba apegada a las sandalias bellas que me había dado mi mamá para la toma de hábito. Le dije a Jesús: "Pienso que estoy apegada a las sandalias, piensa tú en ello a ver qué puedo hacer". Esa misma tarde vino sor Natalina, que necesitaba unas sandalias, y se las regalé. Arreglé un nuevo par de sandalias. Cuando estuvieron listas, Jesús me pidió también el sacrificio de éstas y se las di a sor María del santo Rostro. La Madre Maestra me había dado un bello hábito para mí de lana. Pensé que era demasiado hermoso, pero lo acepté. Quise regalarlo, pero la Madre me obligó a tenerlo para mí. Ese hábito era un objeto superfluo en la celda. Volví a la Madre y le dije que no lo necesitaba y ella entonces me dejó libre y se lo di a sor María del Santo Rostro*.

En la celda tenía un rosario muy bello y Jesús me inspiró regalarlo, a una postulante que regresaba al mundo. Para mí tenía uno usado, que tenía en el mundo antes de entrar al convento.

¿Quieres hacer penitencia por tus pecados? Ámame, tu penitencia sea el amor ¹⁸.

¹⁷ Diario, pp.481-482.

¹⁸ Diario p. 87.

Un día Consolata había lavado su hábito y necesitaba que se secara para ponérselo. Jesús le dijo: *“Vendrá un sol hermoso con un vientecito para que se seque tu hábito”*. *¡Quién diría que el Señor del universo, que gobierna el mundo se llegara a preocupar de que un hábito se seque y mande el sol y el viento para ello, después de tantos días de lluvia!*

Otro día Consolata no había podido asistir al coro para conseguir las indulgencias y sentía un poco de pena. Jesús le asegura: *Consolata, la indulgencia de las indulgencias es el acto de amor*. En septiembre de 1935 le decía Jesús: *Sonríe, sonríe siempre. Yo mismo sonreiré a través de ti*.

El 2 de agosto de 1935 Jesús le pidió: *Sonríe a todos y conserva siempre tu rostro en actitud de sonreír, sea que trabajes, que comas, que bebas, que duermas. Hazlo con mucho amor, porque Yo tengo sed de amor. En cualquier acción, lo que busco es el amor* (29 de noviembre de 1935).

Un día preparaba para la Virgen un ramo de flores, pero estaban más bien marchitas y se sentía disgustada. Jesús le dijo: *No siempre se pueden ofrecer a Dios flores bellas de virtudes, pero siempre pueden ir acompañadas del amor. Yo no miro la flor que se me ofrece, sino el amor con que se ofrece. El alma que me es más amada es la que más me ama. El amor es santidad. Cuanto más me ames, más santa serás* (20 de agosto de 1935). *¡Si supieras cuánto más me alegro de hacer un alma santa! Todos deberían querer santos para darme esa alegría*.

El Corazón de Jesús es un corazón de madre. Una madre, por feo que sea su hijo, no lo considera tal; para ella es siempre hermoso y así lo vera siempre su corazón. Así, exactamente así, es mi Corazón con las almas: por feas que sean por enfangadas y sucias que estén, mi amor siempre las juzga hermosas. Y sufro cuando se me dan pruebas de su fealdad y, en cambio, gozo cuando se me disuade de su fealdad y se me dice que no es cierto, que son hermosas todavía ¹⁹.

Un día Consolata se esforzaba en meditar sobre un punto leído, pero no lo lograba y Jesús le dio a entender: *No necesito que pienses, sino tengo necesidad de que ames. Eso mismo le dijo la Virgen el 8 de diciembre de 1935, fiesta de la Inmaculada: No necesitas meditar, pues ya me conoces sino solo amarme*.

¿Hay acaso oración más hermosa y que me sea más grata que el acto de amor? No añadas más oraciones vocales, no, no, no. Mira al sagrario y ama así (17 de noviembre de 1935).

¹⁹ El Corazón de Jesús al mundo, pp. 65-66.

Prefiero un acto de amor tuyo a todas tus oraciones (12 de diciembre de 1935).

Tú piensa solo en amarme, yo pensaré en ti y en todas tus cosas hasta en los más mínimos detalles. Desde ese día Jesús tomó sobre sí la responsabilidad de todos mis deberes, obligaciones, deseos, en una palabra, de todo. Piensa en todo más que una madre. Es el que me inspira ir a la cocina a ayudar o escribir una carta o una relación, etc. (3 de octubre de 1934).

Me decía: Yo pienso y proveo a todo hasta hacer que encuentres tiempo para componer las sandalias (8 de septiembre de 1935).

Esos pensamientos que no quieres y que se presentan continuamente desde la mañana hasta la noche para impedirte amar, yo los cambio en gracias y bendición para las almas. Permito esta lucha de pensamientos que te asaltan, porque me da gloria y almas (20 de octubre de 1935).

Consolata, tú sabes que yo pienso en todo, te proveo de todo hasta de las más insignificantes cosas. Por eso, no des entrada a un pensamiento, un interés. No temas, yo pienso en ti (31 de julio de 1936).

Tú preocúpate solo de amarme y salvarme almas (21 de marzo de 1942).

CAMBIO DE CONVENTO

Por el desdoblamiento de la comunidad muy numerosa, el 22 de julio de 1939 sor Consolata fue transferida al nuevo monasterio de Testona (Moriondo di Moncalieri) de Turín. Ofreció su vida especialmente por los moribundos que rechazaban los sacramentos, y también por los consagrados, sacerdotes y religiosas, que estaban en pecado para que recuperaran la gracia de Dios.

Apenas llegó al nuevo convento de Moriondo, con permiso de la Madre Superiora, se interesó de tener los fondos necesarios para establecer para siempre la jornada de adoración, aprobada por decreto de la Curia arzobispal de Turín el 21 de agosto de 1941. Los primeros viernes de mes organizó una jornada continua de oración. Para solemnizar ese día, se ponía el hábito mejor que tenía.

Entre 1939 y 1945 fue cocinera y portera, zapatera y secretaria en el monasterio de Moriondo. Un día estaba Consolata pensando en cuál sería el mejor título para llamar a la Virgen; y el que más le gustó fue llamarla *mamá* (2 de mayo de 1944).

Sor Consolata le preguntó a Jesús: *¿Cómo deseaba ser llamado?* (26 de septiembre de 1936). Le respondió: *Amor inmenso, bondad infinita.*

SU MUERTE

En abril de 1944 su debilidad y cansancio físico era muy grande. Un día se arrodilló en la sala del Capítulo y no podía levantarse. En febrero de 1945 sus males se agravaron. Sus hermanas pensaron que tenía tisis y llamaron al médico. Tenía un malestar general, con fiebre casi continua, y estaba postrada físicamente. Sentía náuseas para comer algo. Dice: *El 24 de septiembre de 1945 la Madre me tomó la temperatura y tenía 39 grados. Me obligó a quedarme en la cama. Tenía una tos seca como los tísicos. Mi consuelo era rezar. Tenía permanentemente el rosario en las manos.* El 18 de octubre de 1945 escribió: *Mis condiciones de salud son ahora las mismas. Las fuerzas comienzan a faltarme, y sanarme me parece ya una ilusión. Confieso que me da pena que las hermanas ancianas se sobrecarguen de trabajo y me encuentren en todo momento en la celda en cama y sin hacer nada. A poco que quiera hacer, sube la fiebre.*

Los síntomas de la tisis eran evidentes, probablemente la había tomado de sor Gertrudis por cumplir ese acto de caridad. En la víspera de su ida al sanatorio, las hermanas fueron a verla y ella se arrodilló y pidió perdón de sus malos ejemplos o de lo que les hubiera hecho sufrir. Llegó el día de su marcha. Todas quisieron besarla sin ningún temor al contagio. Ella estaba serena. Por último se arrodilló ante la Madre, que llorando la bendijo. Le pidió: *Madre abadesa, acuérdate de mí y cada tarde me mande su bendición.* Después se levantó y, yendo hacia la puerta de salida, saludaba a todas las hermanas con las manos levantadas. Aquel día 4 de noviembre de 1945, el monasterio estaba de luto. Todas sentían un gran vacío. Pocas horas después la llevaron al sanatorio de Lanzo. Allí estuvo 15 días, los suficientes para ganarse el cariño y afecto de todos. Ella escribió: *Aquí todos, los médicos, enfermeras y hermanas me quieren bien. He llegado a ser la consoladora los afligidos. Muchos vienen a pedirme oraciones y a contarme sus penas Ayer vino una bellísima chica de 20 y me dijo: “Si hubiese sabido que estaba tan mal, me hubiese tirado bajo el tren y todo se habría terminado”. Le respondí: “No me hagas reír, tú con una cara tan hermosa”. Cuando estuvimos solas, me abrió su corazón. Comprendí la tragedia de esta joven madre.*

El 16 de noviembre de ese año 1945 fue llevada al sanatorio San Luis. Fue a verla el padre Sales. La encontró sola en una habitación de seis camas. El 6 de diciembre le escribía al padre Sales: *Estamos seis en la habitación, de las que*

dos son comunistas. Esta mañana he sentido una gran alegría al constatar que el Corazón de Jesús triunfa con los primeros viernes de mes. Todas se han confesado ayer por la tarde y esa mañana han comulgado. Todas me quieren mucho, pero son celosas. Si las enfermas de otras habitaciones vienen a buscarme, le dicen: “La hermana es nuestra”. Todas las tardes rezamos el rosario.

En pocos días se había hecho querer de todos. De las dos comunistas, la más joven fue la que más se le apegó, conquistada por su paciencia y serenidad. Y cuando esta comunista al principio hacía apología de su partido en el que estaba inscrita, nunca Consolata se mostró escandalizada ni siquiera por sus palabras poco delicadas. Se contentaba con sonreírle. Una noche que la pobre comunista tuvo una violenta hemoptisis, sor Consolata salió de su cama y la asistió con materna ternura. Esta comunista murió el 26 de mayo de 1946 y sor Consolata fue trasferida a otra habitación, pero decía que estaba segura de la salvación de la comunista, porque había sentido en el momento de su muerte una gran paz.

Su estado de salud no mejoraba y algunos días le subía a 40 la fiebre. Ella le escribió al padre Sales: *Cuando entré en este hospital, pesaba unos 52 kilos, hoy, enero de 1946, peso 46. La fiebre me consume.*

En el mes de marzo pesaba ya 42. La fiebre se mantenía en 40 y con un mínimo esfuerzo subía a 42. Además de esto la lengua la tenía como quemada e inflamada. La garganta le quemaba. Hubiera querido un poco de refrigerio, tomando fruta, pero no podía por una inflamación intestinal.

Y seguía haciendo el bien. Una enfermera decía que su diaria meditación era sor Consolata. La nueva compañera de habitación solía decir: *El Señor me ha puesto aquí para aprender a sufrir y santificar el dolor.* En una carta a la Superiora de su convento le dice: *Hay momentos en que la habitación parece ser un santuario de la Consolata. Todas las enfermas del pabellón y también las enfermeras vienen a contarme sus males y me piden oraciones y se van contentas. La religiosa enfermera se asombra de que todos me quieran tanto.*

Dado que no se podía curar y estaba ya su enfermedad muy avanzada, la Superiora pidió que la llevaran al monasterio para que muriera en medio de sus hermanas. Y la regresaron a casa el 3 de julio de 1946. En él paso sus últimos 15 días de vida con muchos sufrimientos y casi en continua agonía. Era todo un fuego interno. El 9 de julio le administraron la unción de los enfermos. En la tarde del 17 de julio, Consolata pidió a la hermana que la asistía que no la dejara sola. Se sentía al final. A las tres de la mañana se agravó y llamaron a la Superiora que se acercó de inmediato. Sufría mucho. Su mirada se posó sobre el

cuadro del Corazón de Jesús y del Corazón de María y dijo: *Jesús ayúdame, porque ya no puedo más.* Cerró los ojos. La Madre se inclinó y le dijo: *Sor Consolata, le doy el mérito de la obediencia de ir al paraíso.* Con la cabeza hizo una señal de sí y con un ligero movimiento de los labios dio un beso al crucifijo que la Madre le presentó. En esos momentos sonaba el Ave María y las hermanas fueron al coro a rezar el Oficio divino. Y, mientras rezaban en el coro, expiró. Era el jueves 18 de julio de 1946 hacia las seis de la mañana. Consolata tenía 43 años y 16 de profesión. Murió en el monasterio del Sagrado Corazón de Moncalieri-Moriondo (Turín).

Y se fue directamente al cielo. Un día Jesús le había prometido: *Pasarás de tu celda al paraíso y te dejaré descender a la tierra para hacer un bien inmenso.*

Después de su muerte, Dios ha hecho milagros por su intercesión. La Superiora de Tonco d'Asti, sor Bertilla Dorotea Monza, declaró en una carta del 18 de noviembre de 1966: *Ella me curó. Tenía espondilosis y las hermanas, sin yo saberlo, pusieron bajo mi almohada la foto de sor Consolata con tres violetas, recogidas de su tumba. Desde hace 16 años no tengo los dolores que tenía en la columna vertebral.*

Actualmente se estudian algunas curaciones en vista a la probable aceptación para que sea proclamada como beata. Por ahora es sierva de Dios y esperemos que un día no muy lejano la Iglesia con su autoridad la declare beata y después santa. Amén.

PALABRAS DE SANTA TERESITA

Santa Teresita nos enseña en su *Historia de un alma* a vivir como niños y amar con sencillez y confianza a nuestro Papá Dios. Ella nos dice: *Dios lo que pide es amor. El niño no puede hacer más que una cosa: "¡Amarte, oh, Jesús!". Las obras deslumbrantes le están vedadas; no puede predicar el Evangelio ni derramar su sangre. ¡Pero qué importa! Sus hermanos trabajan en su lugar, y él, pequeño niño, se mantiene cerquita del trono del Rey y de la Reina, ama por sus hermanos que combaten.*

Pero ¿cómo demostrará, él su amor, si el amor se prueba con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, perfumará con sus aromas el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor.

¡Oh, Amado mío, así es como se consumirá mi vida! No tengo otro modo de probarte mi amor que arrojando flores, es decir, no desperdiciando ningún

pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechando las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor.

Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor, de esta manera arrojaré flores delante de tu trono. No hallaré flor en mi camino que no deshoje para Ti... Además, al arrojar mis flores, cantaré (¿se podría llorar al ejecutar una acción tan gozosa?), cantaré aun cuando tenga que coger mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

¿De qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos? ¡Ah! Estoy segura de que esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin ningún valor, esos cantos de amor del más pequeño de los corazones te embelesarán. Sí, esas nada te complacerán, harán sonreír a la Iglesia triunfante, la cual recogerá mis flores deshojadas por amor y las hará pasar por tus manos divinas, ¡oh, Jesús!

Y una vez que esas flores hayan cobrado a tu divino contacto un valor infinito, la Iglesia del cielo, queriendo jugar con su niño, las arrojará, también ella, sobre la Iglesia paciente para apagar sus llamas y las arrojará sobre la Iglesia militante para hacerla conseguir la victoria.

¡Oh, Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que el más pequeño movimiento de puro amor le es más útil (a la Iglesia) que todas las demás obras juntas...

Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor? ¿Cómo un alma tan imperfecta como la mía puede aspirar a poseer la plenitud del Amor?

¡Oh, Jesús, mi primero, mi solo Amigo! Tú, a quien únicamente amo, dime, ¿qué misterio es éste? ¿Por qué no reservas estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las águilas que aletean en las alturas²⁰.

A Jesús quisiera amarlo tanto como nunca ha sido amado. Mi único deseo es hacer siempre la voluntad de Jesús, enjugar las lágrimas que le hacen derramar los pecadores... Quisiera convertir a todos los pecadores de la tierra y salvar a todas las almas del purgatorio²¹.

Jesús es mi director y Él no me enseña a contar mis actos, me enseña a hacerlo todo por amor, a no negarle nada, a estar contenta, cuando Él me da

²⁰ MB, fol 4, pp. 258-260.

²¹ Carta a Sor Inés de Jesús para su toma de hábito, probablemente del 8 de enero de 1889.

*una ocasión de probarle que le amo. Pero eso se hace en la paz y en el abandono. Jesús lo hace todo y yo no hago nada*²².

*¡Qué dulce es el camino del amor! Ciertamente se puede caer, se pueden cometer infidelidades, pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, bien pronto consume todo lo que puede disgustar a Jesús, no dejando más que una humilde y profunda paz en el fondo del corazón*²³.

Un día comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de AMOR.

COMPREDÍ QUE EL AMOR ENCERRABA TODAS LA VOCACIONES, QUE EL AMOR LO ERA TODO, QUE EL AMOR ABARCABA TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS LUGARES... EN UNA PALABRA, ¡QUE EL AMOR ES ETERNO!

Entonces, en un exceso de alegría delirante, exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío! Por fin, he hallado mi vocación, ¡Mi vocación es el AMOR!

*Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh, Dios mío!, Vos mismo me lo habéis dado. ¡En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor! ¡Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado!*²⁴.

ALMAS PEQUEÑÍSIMAS Y ANGÉLICAS

La Obra de las pequeñísimas tiene por fin mantener viva en el mundo y desarrollar el caminito de amor que enseñó santa Teresita del Niño Jesús y hacer todo con amor y por amor, repitiendo el acto de amor.

En julio de 1936 nació la Obra de las pequeñísimas, anunciada el 17 de agosto de 1934.

La Virgen María es la patrona de la Obra de las pequeñísimas, porque la Obra nació en la novena de la Natividad de la santísima Virgen. Además podemos decir que María fue la primera y más perfecta pequeñísima, ya que su vida entera fue real y efectivamente un acto incesante de amor y de caridad en la aceptación continua de la divina voluntad.

²² Carta a Celina del 6 de julio de 1893.

²³ MA, fol 83, p. 235.

²⁴ MB, fol 3, p. 256.

Con fecha 27 de Julio de 1936, Sor Consolata escribía a su padre espiritual: *El día de santa Magdalena tuve mucha luz y comprendí que Jesús no ha olvidado mi gran pasión de niña y de jovencita: llevar los niños a Jesús. Y Jesús me ha hecho escribir: “Para un número inmenso de almas Pequeñísimas que me seguirán en el darle el acto incesante de amor”. Por lo tanto, desde el paraíso llevaré a Jesús a las Pequeñísimas. Tendré por misión a los hermanos y por vocación llevar a Jesús las Pequeñísimas... ¡Mire qué cosas sabe hacer Jesús! Mientras destruye a Consolata en el anonadamiento, hace brotar todas las flores de las pasadas renunciadas; y mientras el trigo se pudre debajo de la tierra, Jesús prepara el apostolado brillante, bello, maravilloso. ¡Oh, creo a Jesús y, con su gracia, quiero creerle hasta el último suspiro, aunque muera consciente de no haber hecho nada, nada por el gran Rey, sino amarle, creerle y confiar en Él!* ²⁵.

Jesús le dijo que las pequeñísimas no serían millares, sino millones y millones. No solo mujeres, sino que habrá hombres. También entre ellos hay muchas almas pequeñísimas. Consolata escribió en su Diario: *El día de hoy ha sido todo a favor de las pequeñísimas. Esta noche delante de Jesús sacramentado, solemnemente expuesto, he abrazado con el pensamiento a las pequeñísimas de todos los siglos y a todas anticipadamente las he consagrado al Corazón de Jesús, pidiendo que las esconda en lo más profundo de su Corazón y allí las guarde para que ninguna de ellas llegue a perecer y las consuma en las divinas llamas, concediendo a todas morir de amor por él.*

La primera pequeñísima fue Juana Compaire. Tenía la edad de 85 años, para que no se pensase que eso era solo para los niños o para los religiosos.

Juana Compaire habló con el padre Lorenzo Sales para comenzar su entrada oficial en la Obra de las Pequeñísimas. El padre le dijo que el primer viernes de septiembre de 1936 celebraría la misa y, después de la comunión, ella podía consagrarse al Corazón de Jesús por medio de María como pequeñísima, prometiendo emplear desde ese momento en adelante todas sus energías espirituales en el incesante acto de amor. Por su parte el padre presentaría al Corazón de Jesús su consagración.

El 27 de febrero de 1938 después de una breve agonía, la primera pequeñísima, Juana Compaire, moría reclinada dulcemente la cabeza en el Corazón de Jesús.

Después de algunos días de la muerte de la pequeñísima Juana Compaire, el padre Sales vino a confesar a la comunidad. Cuando terminó de confesar, me

²⁵ El Corazón de Jesús al mundo, p. 215.

hizo llamar al confesonario y me hizo alguna exhortación a la humildad y después me leyó una carta en la que Annetta Giardino narra la maravillosa visión del ingreso de Juana Compaire en el paraíso ²⁶.

En la primavera de 1940, sor Clara se enfermó gravemente y a primeros de abril fue llevada al Cottolengo para ser operada. El 19 de abril Jesús le hizo entender a Consolata, que ya vivía en el convento de Moriondo: *Por obediencia escribe al padre Lorenzo y dile que sor Clara me la voy a llevar al paraíso, que la prepare a bien morir, que del Cottolengo saldrá solo para ir al cementerio. Tendrá una santa muerte y el padre la asistirá. El 6 de junio de ese año 1940 murió sor Clara. Era la segunda pequeñísima que entraba al cielo.*

Las angélicas son todas las almas que no son llamadas a dar a Dios el acto incesante de amor, pero se sirven del mismo con mayor o menor asiduidad para progresar en la vida de amor, santificarse y cooperar a la salvación de las almas. Para ello no hace falta ninguna consagración especial, sino simplemente es un modo especial de orar, servirse del acto de amor (aunque sea a modo de jaculatoria) en la medida de lo posible. A los niños más pequeños se les puede enseñar solamente a decir: *Jesús, te amo. Después, Jesús, María os amo* y a los más grandecitos se les enseña a decir la fórmula completa: *Jesús, María os amo, salvad almas.*

El 4 de octubre de 1943, fiesta de san Francisco, dice Consolata: *En la meditación de la mañana estuve muy unida a san Francisco y a la Madre santa Clara. Recé por la patria y por la paz del mundo y puse bajo la protección de san Francisco y de santa Clara las angélicas y las pequeñísimas de todos los siglos. Me dijo san Francisco que las angélicas y pequeñísimas habían nacido franciscanas y, por tanto, le pertenecían también a él. Me prometió que ellas, al igual que las tres Ordenes, vivirían hasta el fin de los siglos.*

²⁶ Diario pp. 708-709.

CARTA DE SOR CONSOLATA A LAS PEQUEÑÍSIMAS

Querida Pequeñísima:

En la noche, cuando vayas a descansar, ruega a tu buen ángel custodio que mientras tú duermas, esté él amando a Jesús en tu lugar y que te despierte a la mañana siguiente inspirándote el acto de amor. Si tú eres fiel para rezar así cada noche, él será fiel cada mañana para despertarte con un ¡Jesús, María os amo, salvad almas!

Comienza así tu jornada, prosigue amando hasta tu encuentro con Jesús Eucaristía. Eso no quiere decir que tú debas dejar tu oración. No, continúa también con tus acostumbradas prácticas de piedad, pero no agregues ninguna otra; deja que tu acto de amor absorba cada parte del tiempo libre y, si Jesús te lo inspira, también alguna de tus plegarias vocales.

En la santa comunión confía, abandona en Jesús a ti misma, tus preocupaciones, tus proyectos, deseos, tus penas y no pienses más; porque toda la vida de una Pequeñísima se basa sobre la promesa divina: “Tú piensa solo en amarme, yo pensaré en ti y en todas tus cosas hasta en los más mínimos detalles”. (Copia estas palabras en el reverso de una imagen del Sagrado Corazón, para tenerlas siempre presentes; eso te ayudará mucho para liberar tu espíritu de todas las preocupaciones y experimentarás cómo Jesús es fiel para mantener esta promesa).

Después de haber abandonado todo a Jesús en la santa comunión, renueva tu promesa del incesante acto de amor, del “sí” a todo lo que Él te pedirá a lo largo del día y el propósito de verlo, hablarle y servirle con amor en todas las criaturas con las cuales te encontrarás.

Pon de una vez para siempre la intención de que cada acto tuyo de amor suba al cielo como súplica para que te obtenga la fidelidad de continuarlo ininterrumpidamente hasta la siguiente comunión y sea como una reparación por cada una de tus infidelidades.

Dejarás la iglesia comenzando tu acto de amor que continuarás por el camino a casa y en la realización de cada uno de tus deberes.

Fijate que Jesús ha prometido: que cuando tú escribas, ores, medites o hables por necesidad o caridad, el acto de amor continúa igualmente.

En el trabajo, si te es posible, ten delante de ti escrito sobre una imagen o tarjetita: “Jesús, María os amo, salvad almas”. Te servirá de llamada.

Entre los obstáculos para dar a Jesús el incesante acto de amor virginal, Jesús mismo enseña a combatir tres: pensamientos inútiles, intereses, habladurías inútiles. Pensamientos, preocupaciones, todo llega a ser inútil, desde el momento que Jesús promete a su Pequeñísima que Él pensará en todo, hasta en lo mínimo. Habladurías inútiles: si al hablar no nos obliga el deber, la caridad, la conveniencia, es tiempo desperdiciado, que roba al amor. Intereses, curiosidades, etc., todo lo que separa al espíritu de la única cosa a la cual estás obligada: amar a Jesús incesantemente y con amor virginal.

Necesitas convencerte que para realizar el deseo divino: “No debes perder un acto de amor y un acto de caridad desde una comunión a la otra”, el trabajo de tu alma, sostenida por la gracia, será largo y requerirá no poco tiempo, esfuerzo generoso y constancia y sobre todo nunca desanimarse.

En cada infidelidad más o menos voluntaria, renueva tu propósito de amor virginal y vuelve a empezar. Si esta infidelidad te hace sufrir, ofrécela a Jesús... ¡qué acto de amor! Verás y comprobarás con cuánta ternura Jesús te levantará después de una caída, una infidelidad; cómo se apresurará a ponerte en pie, para que tú puedas continuar tu canto de amor.

Lo que más te ayudará a dar a Jesús el acto incesante de amor será el renovar el propósito en cada hora y en segundo lugar, el examen particular sobre eso.

Recuerda que, el examen particular sobre el acto incesante de amor, señalará como falta solo el tiempo desperdiciado en habladurías inútiles o en el seguimiento de fantasías, pensamientos inútiles, etc. Arrepiéntete y continúa tranquilamente amando.

Pero el propósito al cual debes consagrar todas tus energías será siempre sobre el acto incesante de amor. Pero no temas, Jesús te ayudará. Él ha dicho: “Ámame y serás feliz, cuanto más me amares, más feliz serás”... Ánimo, Jesús y María te ayudarán.

No temas nunca, confía y cree en su amor por ti.

Sor M. Consolata ²⁷.

²⁷ El Corazón de Jesús al mundo, pp. 255-257.

REFLEXIÓN

Dice sor Consolata: *En la mañana (2 de agosto de 1935) me preguntaba por qué Jesús se da a las almas pequeñas con tanta ternura y las rodea de todos los cuidados y provee a todas con sus más insignificantes detalles. ¿Por qué? Y se hizo luz en mi alma. En el santo Evangelio, después de las palabras divinas: “Dejad que los niños vengan a Mí, porque de ellos es el reino de los cielos”, hay una palabra que revela su corazón maternal. “Y abrazándolos e imponiéndoles las manos los bendijo” (Mt 10, 14-16). No solo los bendijiste, sino que, dando libre curso a los anhelos de tu Corazón divino, los abrazaste.*

Por eso debemos ser niños en nuestra relación con nuestro Papá Dios.

¡Qué hermoso es llamar a Dios nuestro Padre con la palabra que usaba Jesús en arameo: *abba!* Esta era la palabra que usaban los niños judíos para llamar a sus padres con cariño y confianza. Jesús quiso usarla y así enseñarnos a usarla también nosotros.

Cuando estaba en su agonía de Getsemaní dijo: *Abba (Papá), si es posible aparta de mí este cáliz* (Mc 14, 36). San Pablo aprendió esta lección y también nos enseña a llamar a Dios Papá y lo dice en (Romanos 8, 15) y en (Gálatas 4, 6). Jesús quiere que llamemos a su Padre con las mismas palabras que él usó: *Abba, papá.*

Tengamos confianza en nuestro Padre Dios y tratémoslo con respeto, pero con cariño, sencillez y confianza y digámosle en nuestras oraciones *papá*. De esta manera, nuestra comunicación con él será más cariñosa y el amor fluirá entre ambos como un torrente impetuoso que desea llevar sus aguas a los más recónditos rincones del mundo a través de la oración y del amor mutuo.

La vocación particular de Consolata fue el amor, viviendo la doctrina de la infancia espiritual de santa Teresita, dándole una forma concreta y práctica. Su doctrina del amor puede resumirse en tres puntos:

- *Un acto incesante de amor,*
- *Un sí a todos: con la sonrisa, viendo y tratando a Jesús en todos.*
- *Un sí a todo (a todas las exigencias divinas) con agradecimiento.*

Estos tres puntos los encontramos comprendidos en: *No perder un acto de amor, un acto de caridad, un sacrificio de una comunión a otra.*

